

# índice

60  
cents.

COMITE DIRECTIVO:  
Mariano Picón-Salas, Raúl Silva Castro,  
Ricardo A. Latcham, Eugenio González,  
José Manuel Sánchez.

SANTIAGO DE CHILE. AGOSTO DE 1930  
Año I. Núm. 5.

ORGANO DEL GRUPO "INDICE"  
Mensuario de cultura actual, información,  
crítica y bibliografía.  
DIRECCION POSTAL: Clasificador 24-A.

## EL PROBLEMA DE LA UNIVERSIDAD

Queremos examinar el problema universitario con prescindencia de sus aspectos críticos — la agitación estudiantil de los últimos días, por ejemplo — que, de tiempo en tiempo, sacuden el ambiente público. Ellos se han presentado bajo regímenes diferentes y en diversas circunstancias, lo que permite constatar — contrariando la opinión de algunos observadores que presumen de perspicaces — que sus causas son de índole extraña a las corrientes políticas en juego y residen principalmente en una falta de adecuación de la Universidad a las necesidades de la época.

No caeríamos en exagerada y peregrina afirmación si dijésemos que en Chile no hay Universidad, si como tal se considera un centro de coordinación de los esfuerzos culturales, una entidad orientadora de las fuerzas constructivas de la nacionalidad, un laboratorio de investigaciones aplicadas a los problemas actuales, especialmente a los que son propios del país y del Continente. No es nuestra Universidad, en su estructura presente, otra cosa que un aparato burocrático cuyo rutinario funcionamiento no ejerce, ni podría ejercer, por supuesto, ninguna influencia valdada en el desarrollo de la cultura ni en un aprovechamiento inteligente de los recursos nacionales.

Desvinculada de los problemas de la época y del medio social, ajena a las inquietudes que renuevan el mundo de las concepciones tradicionales, retrasada con respecto a la evolución histórica y sin conexión con los intereses y necesidades reales de la juventud y de la Nación, no es sorprendente que sea la Universidad objeto de críticas acerbas y que, con significativa frecuencia, se manifiesten, en torno a ella, propósitos reformistas que parten de las más disímiles esferas de la sociedad, generalmente de los estudiantes que son quienes más de cerca conocen, mejor dicho sienten, la antinomia

entre lo que es y lo que debe ser la Universidad.

Podrían sintetizarse en tres los objetivos que debiera perseguir la Universidad: La formación de profesionales idóneos, técnica y moralmente considerados; el fomento de la investigación científica y de la producción intelectual y artística; y la socialización de la cultura. Lo primero — la educación profesionalista — compete a las escuelas especiales. Varias de ellas son actualmente de calidad muy estimable. Otras, necesitan de reformas sustanciales en sus métodos de trabajo y en la organización de sus estudios, impregnados de una tendencia verbalista y erudita que no se aviene con las conveniencias prácticas de los jóvenes

ni con las necesidades efectivas del aprendizaje profesional. Modificar prontamente estos defectos es indispensable y, asimismo, lo es, llegar a una renovación del profesorado de varias escuelas.

Pero la mera formación profesional — función específica de establecimientos autónomos — no justificaria la existencia de una máquina administrativa encargada de una especie de control superior, de la periódica distribución de diplomas y de la publicación de un Boletín, cuya eficacia cultural permanece incógnita. Por sobre esas actividades, de rango subalterno, hay otras que son las que dan carácter, sentido y valor social a la acción universitaria: la preocupación atenta y el estímulo oportuno

de cuanto signifique desenvolvimiento de actividades creadoras y una permanente irradiación de fecundas sugerencias espirituales en los distintos sectores de la colectividad.

Estos fines, que son fundamentales, no los ha perseguido o los ha perseguido sin continuidad ni plan nuestra Universidad. Es cierto que, de vez en cuando, se reúne en el Salón de Honor de la Casa Universitaria un público heteróclito, para escuchar a conferencistas nacionales y extranjeros; pero estas actividades esporádicas no justificarian, tampoco, la existencia de oficinas y funcionarios especiales con títulos resonantes, ya que muchas instituciones privadas, sin disponer de los recursos técnicos y pecuniarios del Estado, las realizan y tal vez con mayor utilidad para las necesidades que se trata de atender.

Para que podamos hablar de Universidad — sin caer en pedantesca suficiencia criolla — es necesario que el organismo así llamado ahora, pase a ser, no sólo en los artículos de un Estatuto sino en la verdad de los hechos, un dinámico y constructivo centro de trabajo científico, de producción intelectual seria, de preocupaciones culturales en consonancia con los ideales contemporáneos; que se avoque al estudio de las realidades americanas y chilenas, para extraer de una honrada comprensión de nuestros problemas las soluciones salvadoras; que sepa formar en la juventud sólidas disciplinas de trabajo y de pensamiento y sea capaz de orientarla en medio de las contradictorias influencias que actúan en el campo de la actualidad.

Porque es corriente hablar de desorientación de los anhelos sociales, de carencia de ideales válidos, y en ello cabe — apartando los factores históricos y profundos, propios de la época en que vivimos — no poca responsabili-

### EN ESTE NÚMERO

De nuevo LA UNIVERSIDAD.—Revisión de Barros Arana.—Pensando más allá del MEDICO por el Dr. Clares.—Carta del PERU.—Winett de Rokha habla de su marido: PABLO.—Capítulo de NOVELA por Eugenio González.—LIBROS.—En busca de UN HOMBRE por Olga Poblete.—Prosa de Alfonso Bulnes.—EL FANTASMA DEL SEÑOR GIDE por Lord Jim.—RECUERDOS LITERARIOS de Dn. Honorio Henríquez.—Gutiérrez Cruz, poeta de la revolución mexicana.—Deportes y Literatura.—Una nueva neurosis.—PINTURA: novedad en Rebolledo Correa y la Teosofía de Roerich.—Crónica.—Vulgarización Científica.— Además otras firmas: LATCHAM, SILVA CASTRO, SANCHEZ, CELIS, SERAFIN DEL MAR.

# PENSANDO MAS ALLA DEL MEDICO

POR EL DR. RAMON CLARES P.

Este curioso problema psicológico de las relaciones entre el médico y el enfermo, es el abordado con gran sutileza por el Dr. Ramón Clares en este artículo. El Dr. Clares se incorpora con él en el grupo de colaboradores de "Índice". Plácese decir que para abordar estos problemas, el Dr. Clares no tiene la unilateralidad tan frecuente en los médicos. Pone toda su cultura y sensibilidad en la comprensión humana y psicológica del asunto.

Es curioso observar que la inmensa mayoría de los enfermos que nos consulta, antes de exigirnos un pronóstico, nos preguntan: "¿Qué tengo, doctor?" Prima en ellos la necesidad de saber, de comprender y ser comprendidos. Nos exigen, antes que nada, comprensión. Sólo que la ciega sumisión del paciente al médico — tanto más ciega cuanto más víctima sea de una lesa cultura — lo lleva a conformarse con una diagnosis que nada le explica. Es el milagro de las palabras ritualistas. Se diría que están afinadas a tono de misterio y que contagian de sagrados prestigios a quienes las pronuncian y saben pronunciarlas.

Pero, diagnosticar no es comprender, ni mucho menos. Es apenas rotular, poner un nombre convencional sobre un sintoma o síndrome, nada más. Está claro que el diagnóstico tiene, para el médico, un valor científico, siempre que no supedita su criterio clínico, es decir, siempre que no lo considere más que un factor de disciplina del pensamiento clínico, y en todo caso a su servicio. Mas, en cuanto al enfermo, el diagnóstico no puede tener influencia real y dinámica alguna, como no sea la ilusoria y necia satisfacción de saberse catalogado por un médico de prestigio, que también es ésta una de las tantas formas de la ridícula vanidad humana.

Diagnosticar no es comprender. Comprensión es, para mí, la facultad de ser y hacerse inteligente y deliberadamente sensible al dolor y complejos de nuestro enfermo, de manera de infundirnos como razón curativa básica y central en su estado patológico. Hay que entrar, para comprender, a la zona de la tortura, sentirla y palparla con nuestra propia sensibilidad desnuda. Así podemos darnos cuenta de esa llama invisible que es la congoja humana y que arde a expensas de las fibras más nobles y vitales del sér. Bien entendido que me refiero, de preferencia, a las neurosis. Para comprender hay que tener algo del don de ubicuidad, de esa condición maravillosa de ocupar dentro del espacio del dolor, el mismo sitio que el sufriente durante un tiempo necesario y voluntario para sentir y comprender lo que el enfermo siente y no comprende.

Todo lo anterior requiere que el médico valga más que sus conocimientos, es decir que los maneje con entera e inteligente libertad, sin caer en el autismo o en el prejuicio de escuela que, desde el momento que priman, colocan a médico y enfermo en segundo plano de importancia respecto a un diagnóstico o a un principio convencional. En otros términos, el médico psicoterapeuta — para no hacerme extensivo a otros tipos de especialidad — debe ser un sensitivo, un exquisito, disciplinado en el manejo de sus medios, de tal manera que siempre en éstos vibre y alumbre su personalidad comprensiva. Debe poseer la misma finura estética que a un artista, principalmente a un plástico, le informa rápida, casi súbitamente, de la calidad del material que se pone en sus manos y luego, le da la justa medida de lo que puede hacer con tal categoría de materia prima. Esta exquisitez, esta agudeza de ojo clínico es indispensable sobre todo en las curas de las neurosis, pues es corriente y humano que, dejándonos llevar por entusiasmos muy explicables en esta especialidad tangente con el arte creador, queramos realizar la obra en relación a nuestro personal sentir y no en cuanto a la capacidad del material. Así, es muy diversa la manera de portarnos con el paciente que sufre una neurosis fóbica angustiada, según sea un sujeto de inteligencia superior o precaria. En ningún caso trataremos de hacer un tipo según un patrón ideal, porque ello sería tonto y estéril como todo lo ideal. Sencillamente, lo que pretendemos y logramos, cuando nos asiste el acierto clínico, es hacer un tipo mejor, no sufriente, pero dejándolo siempre dentro de su categoría psicológica. Debemos tomar en cuenta que, como lo ha dicho Kreschmer, las gentes se enferman de querer ser mejor de lo que pueden, y para mejorarlas precisa empeorarlas un poco. Es decir, freudianamente hablando, liberarlas de las resistencias de la moral convencional, dando así libre y honrada expresión a la verdadera personalidad.

La falta de sentido de proporciones entre el querer y el poder, por otra parte, es causa de neurosis que enturbian toda la vida, cuando no llegamos, a tiempo, a darnos cuenta con claridad de nuestras capacidades. En cambio, cuando nos acomodamos sabía y mansamente a trabajar con ellas, bien podemos conseguir la sólida felicidad que nos ofrecen los datos que tenemos al alcance inmediato de nuestras manos. Porque vivir de idealismos no es, para mí, ver, sino una manera de eliminarnos de las milicias del trabajo real y productivo, perdiendo el tiempo

en holgazanías líricas que en nada mejoran nuestras miserias. Así, pues, es gravísimo error clínico, pretender hacer de un tonto un hombre de inteligencia clara: de un temperamento positivo y calculador un místico o un artista. No podemos ni debemos sino curarles el sufrimiento patológico, que ya con ello los ponemos en camino de que se realicen a sí mismos lo mejor posible. Querer es poder siempre que haya proporción, posibilidades de realización. En el caso contrario, afirmarse en ese aferramiento de filosofía barata, es ir directamente al fracaso, a la amargura y hasta a la alienación mental.

La falange de los idealistas ofrece — aparte de los que viven casi del todo en el plano de su ideal y por lo tanto así lo realizan — ofrece, digo, ricos y elocuentes casos de neurotóticos y débiles mentales, que, con más o menos malicia, se refugian en un ideal, tanto más cómodo cuanto más remoto. Por otra parte, me he fijado que los idealistas teatrales, expansivos, románticos, son características de aquella edad en que la organización endocrina aún no determina la real personalidad del sujeto.

Parece que por compensación, tratara de afirmar esa personalidad que aún no cuaja, en lo externo, en lo aparente.

Todo individuo que no tiene certeza íntima de su linaje, tiene la necesidad de expresarlo en actitudes deliberadas que lo afirmen, actitudes que como no corresponden a la realidad interna, delatan al actor. En el fondo, el orgulloso es un tímido que se defiende del medio con actitudes paranoicas. El romántico es un sexual sin iniciativas dinámicas, sin agresividad machística, que se refugia en el ensueño quintaesenciado, y el Don Juan es íntimamente un homosexual o un impotente del amor que se disimula en el vano e insaciable mariposeo que le es característico. Bien entendido que todas estas son condiciones que pasan del todo inadvertidas para el que las sufre; son totalmente inconscientes. El Don Juan se cree un valor en el amor y lo es para las necias Doña Inés de que está poblada la ingenuidad o la depravación femeninas.

El romántico repugna lo sexual en el objeto de su ensueño y se siente a sí mismo superior por ello. El comunista o socialista se siente odiando de verdad al burgués propietario mientras él no lo sea. El orgulloso se muestra empacado en sus actitudes, mientras encuentra necios que le crean el valor falso con que disfraza su deficiencia. Cuando estos aspectos perduran se hablaría de una fijación de esos aspectos, fijación

que aglutina a su alrededor complejos cada vez más densos y enmarañados hasta ahogar totalmente la personalidad real en beneficio de la neuropática.

Por otra parte, los idealismos que neuropatizan en el sentido de la beneficencia, la moralización, el pachequismo científico o político, coinciden con la decadencia o deficiencia glandular, implicando también una defensa un modo de ocultar a la propia conciencia el real valor interno que poseemos. Cuántos benefactores no son sino disimulados y avarientos egoístas; cuántos moralistas rabiosos no son sino depravados que no tienen el valor de sus lujurias. Cuánto importante, doctor, cuánto catedrático o funcionario público, no es en el fondo sino un niño infeliz e ingenuo que, un poco enfermo de megalomanía, se identifica hasta creerse a sí mismo, en el juego que el instinto de conservación le obliga a hacer.

El psiquiatra ha de tener el tacto de mirar siempre más allá del personaje y ha de saber distinguir las virtudes reales de las simuladas, y sobre todo no debe olvidar que nunca ha de juzgar moralmente, sino clínicamente, es decir determinando sólo estados de salud o enfermedades del espíritu.

La sensibilidad psicoterapeuta no se adquiere en libros ni en clínica. Se puede, con estos medios cultivar y afinar, pero en ningún caso obtener. Es condición con muchos puntos de contacto con la emotividad artística y con el sentido estético de la vida, en su más libre acepción. Es condición que lleva a sentir y moverse en una manera clínica, que los psiquiatras que se dedican a la patología del espíritu cuya existencia niegan, han llamado despectivamente metapsiquiatría. Así denomina August Marie a la Psicoanálisis en un libro que tratando de probar la crisis de la terapia de Freud, afirma lo contrario. Pues bien, y en buena hora, los procedimientos actuales de psicoterapia son metapsicológicos porque aún están más allá del espacio limitado por el academicismo y demás morbosidades científicas. Pero lo interesante es que dichos procedimientos son de una efectividad manifiestamente positiva para los enfermos. En medicina, en cualesquiera de sus ramas, lo importante no es el método que se aplique en la curación de los enfermos. Son los resultados. Las teorías no tienen sino un valor científico, estético. Son los hechos los únicos que pueden importar a los enfermos y a los médicos que se dedican a curar y no a sostener doctrinas movilizadas y siempre inciertas en relación a los hechos. El dogma-

tismo científico; ese estúpido respeto al maestro del que tan brillantemente se ríen Richet, Bleuler y Alendy, para no citar sino eminencias, es la causa primordial de la fijación del criterio, dando lugar al más pernicioso de los fanatismos: la doctrinarización, el partidismo científico, primando sobre la vida e intereses de los pacientes.

Metapsiquiatría. En realidad. En este plano médico se ha de considerar antes que nada — y se ha de partir de ello — que lo sutil prima sobre lo denso, lo indefinido sobre lo definido, la función sobre el órgano que ella misma se ha fabricado para su propia expresión. Se ha de considerar que el espíritu, alma o psiquis es al soma o cuerpo, lo que la luz, el aire y el agua son a la tierra. Es decir, la penetrar, viven y se expresan en ella y más allá de ella. La conciencia, arsenal de conocimientos adquiridos, cuya calidad varía con la inteligencia del sujeto, es cosa limitada. Tiene lógica propia, su sistema de pesos y medidas. Su máxima extensión se llama la razón; su modéstilla se llama la moral y la confección de trajes para el día domingo, de trabajo y para fiestas nocturnas y privadas; su museo de conquistas se llama la experiencia y las leyes deducidas de esta experiencia constituyen el conocimiento. Todo estaría muy bien si más allá de los límites de la conciencia no existiera el mundo de los orígenes, de los arquetipos, si más allá de este pequeñísimo círculo luminoso que sirve de aureola al YO, no se extendiera como un mapa infinito la geografía dinámica de la sub e inconsciencia. Y es aquí que están las raíces de la conciencia y sus fenómenos. Porque, como dice Hesnard, pretender conocer en toda su extensión la personalidad humana, conformándose con el conocimiento de la conciencia, es tan erróneo como dar por conocido un archipiélago, cuyas islas no son sino los picachos de un macizo común, emergiendo de las profundidades del océano. Es claro que todo esto no puede probarse en retortas de laboratorio; no son visibles los rayos X.

Concibo yo, con toda claridad, y hasta lo creo necesario, que el médico que se dedica a enfermedades venéreas, gastrointestinales, a partos o a la cura o estudio de cualesquiera otros rincones de la geografía somática, sea concreto, materialice su imaginación, — si podemos decir así — disciplinándola en un vuelo a ras de tierra, a fin de ver bien, de localizar, de oler y palpar, porque así debe ser cuando se trate de especialidades materialmente concretas, somáticas por sobre todo.

Pero, no hay que dejar de pensar que lo somático, en todas sus dimensiones, célula a célula, órgano a órgano, sistema a sistema, está penetrado de lo psíquico, de la MENTE, en toda aquella su

## CARTA DEL PERU

# MARIATEGUI Y HAYA DE LA TORRE

Lima, Julio de 1930.

El estudio de las posiciones fundamentalmente distintas que ocupan el Perú José Carlos Mariátegui y Haya de la Torre es materia que en Chile debe interesarnos, pues contribuirá a aclarar en muchos puntos cuál debe ser allá nuestra obra en la hora presente.

La falta de informaciones que tenemos al respecto, nos ha hecho suponer, creo que a todos, que a estos dos hombres, representativos por muchos aspectos, los unía un propósito común; y que uno, Mariátegui, era el Perú el continuador de la obra del otro, el cual sufre desde más de siete años el destierro. Grave error, en el cual ha incurrido, cosa que aquí se ha hecho notar, hasta Raúl Silva Castro, siempre tan bien informado, quien ha unido en su artículo de homenaje a Mariátegui (publicado en "Atenea") los nombres del recordado, de Haya de la Torre, de Valcarlos, Orrego, Luis Alberto Sánchez, etc., los cuales, si no están separados completamente, tienen entre ellos muy pocos puntos de contacto. A más de uno he oído protestar que se lo incluya en esa mezcolanza. Raúl Silva debió considerar que dos peruanos, en el terreno de las ideas, se ponen difícilmente de acuerdo, y que la pregunta que hacía no sé quién: "¿De qué se discute para oponerme?", retrata fielmente al limeño. Ahora entre los nombres que ha juntado Silva, las divergencias de muchos de ellos no derivadas del espíritu de esa pregunta, responden a cosas de orden personal, que es otra forma de estar en desacuerdo. Estos son incidentes de los cuales reconocemos no tiene por qué estar informado Raúl Silva Castro.

Magda Portal, militante en las filas del Apra, partido del cual es padre espiritual Haya de la Torre, está impuesta mejor que ninguna otra persona de la honda división de estos

mayor parte, que escapa a la conciencia. Es esta mente vegetativa orgánica la que rige las funciones y se manifiesta a través de las múltiples reacciones somáticas. Así, los cirujanos que tuvieran sensibilidad ultra quirúrgica, sentirían en sus dedos, a través del bisturí o la rugina, latir el pensamiento de las células en trance de diseción, o percibirían el microbullicio de manicomio de las células neoplásicas, ya que, en último término, el cáncer no es sino una locura celular. Ello sería condición de fineza pronóstica, que evitaría ablaciones inútiles y daría al noble y paradójico arte del cirujano, una extensión de influencia ultra somática en el porvenir vital del enfermo.

(Continúa pág. 13)

hombres. A pesar de eso, con intención que yo no me atrevería a interpretar, pero que aquí ya otros se han encargado de hacerlo, en unas palabras en que recuerda a Mariátegui (Judice, N.º 2), evade demarcar claramente las actitudes políticas de éste y de Haya. Magda es buena aprista. Antes de venirme ¿no estaban pensando algunos jóvenes chilenos en echar las bases de un núcleo del Apra allá? ¿Y entonces, para qué aclarar nada? Muchos de ellos, con muy buena intención, pero muy desorientados, hacen otra mezcolanza, también imposible del aprismo de Haya y del socialismo de Mariátegui.

Mariátegui y Haya podrían unirse en una misma repulsión por el imperialismo yanqui. Muchos también la sienten, pero no saben determinarla. Mariátegui en esto aclara muy bien las cosas. Veamos cómo empieza: "El destino de estos países, dice, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritu, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya, no ha obrado nunca, útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos inexorablemente todas estas caricaturas y simulacros de ideologías, y hagamos la cuenta seria y francamente de la realidad".

Haya recurre al anti-imperialismo y hace de él una maravillosa bandera política. Y para esa lucha anti-imperialista llama a unirse a todos los que sientan lesionados sus intereses ante el avance absorbente del capitalismo yanqui. "Lo que yo colegí, dice Haya, de mis conversaciones con Borah, con Upton Sinclair, con Norman Thomas, con intelectuales y profesores numerosos, es que todos lamentaban nuestra inmoralidad, nuestro divisionismo, nuestra falta de resistencia organizada contra la política de intervención. Y todos repetían que la solución del problema estaba en nosotros".

El Apra, inspiración de Haya de la Torre, es un partido de frente unido como dice en su propia declaración, para luchar contra la máquina imperialista. Para combatir el Apra no se detiene en cobijar solamente al proletario sino que recibe también al gamonal, al industrial riolito, al profesional burgués. Se trata, pues, de un frente único.

En cambio Mariátegui sigue aclarando nitidamente su posición al decir: "A Norte-América capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América, latina o ibera, socialista".

Haya elabora para el presente, Mariátegui para un futuro, que en su

optimismo él veía muy cercano. A Haya lo mueve su impaciencia. Más que combatir al imperialismo le interesa ardentemente botar cuanto antes a los hombres que gobiernan a su patria y que lo mantienen en el destierro. "Espero, dice en una comunicación, en que días han de venir, como hace siete años, en que estará de nuevo en mi puesto". Aquel oscuro estudiante de Trujillo, desorientado en sus propósitos, pero rebeldé por temperamento, y que allá por el año 23, adquirió popularidad al oponerse, con su valentía y su audacia, a que consagraran Lima al corazón de Jesús, sueña, y esto puede demostrarse, que puede en un plazo muy breve ser el hombre que gobierne a su patria.



En el fondo, no se trataría nada más que de un simple cambio de hombres, pues cualquier gobierno, en un régimen capitalista, tiene que someterse al imperialismo yanqui. Y Mariátegui no quiso hacer demagogias ni que nadie las hiciera a su sombra. En su desinterés personal, supo comprender que la labor era otra, y como intelectual proletario, el primero que ha tenido el Perú, contribuyó a darle a sus camaradas conciencia de clases. A los explotados no les corresponde nada más que organizarse y defender con sus propios medios sus intereses y su libertad de propaganda, y apresurar el día en que puedan tener en sus manos el poder. Ningún mito, pues, debe moverlos a entrar en concomitancia con sus propios explotadores.

M. Chamudes.

Hemos dado a conocer a nuestro compañero Raúl Silva Castro el artículo anterior y nos ha declarado lo siguiente:

"El sentido de la frase en que junté los nombres de Mariátegui, Haya de la Torre y otros intelectuales peruanos no es de ningún modo el que supone mi entrañable amigo Chamudes, que seguramente no ha leído mi artículo. Creo que lo primero — pero sobre todo lo segundo — basta para no dar a este "cui-proquo" más importancia de la que tiene".

## Acerca de Pablo, el terrible

Winett de Rokha nos habla en una página casi íntima y documental sobre su marido, el escritor Pablo de Rokha. Recuerda el gesto de Winett al de esa escritora francesa, Marjorie Chabry, la esposa de Deltail, al escribir el famosísimo libro "Deltail tout nu". Winett no tiene tanta audacia, pero quiere destruir lo que ella considera un mito: la terribilidad de su marido. No puede negarse la influencia que Pablo de Rokha ha ejercido sobre cierto sector de la juventud chilena. Es un jugoso temperamento poético que cuando se concentra más y se desinteresa de espantar a los burgueses, dará a nuestra literatura una obra henchida de poesía y de humanidad.

Cuando en alguna que otra revista me encuentro con los eternos clisés, sin sentido para mí, conque siempre rodean la obra de Pablo de Rokha, me pregunto primero mirando hacia su obra y luego mirando hacia su vida: ¿Dónde está este hombre terrible y tremendo?

Extensa y clara, siguiendo la misma trayectoria, siempre ascendente, su palabra va rodeando el mismo gran eje con nuevas y más precisas imágenes.

Su estilo personalísimo le fluye naturalmente. No hay una actitud forzada en la exuberancia demasiado vital y por lo mismo demasiado necesaria de sus rudos poemas. Hay hilos invisibles que van amarrando con colores indefinidos una nube o un ala perdida.

Sería completamente absurdo pensar que existe un esfuerzo preconcebido en la manera de una obra ya tan larga y vasta. Este esfuerzo podría mantenerse en un libro, pero en seis u ocho o diez es imposible.

Insisto en afirmar que su estilo original y único le pertenece sin esfuerzo previo. Podría citar frases y frases de cartas íntimas, algunas escritas de pie en alguna oficina de Correo, o a la carrera, con lápiz, desde cualquier parte. Ahí está el mismo, el inconfundible creador de símbolos, el mismo espíritu ágil y profundo, donde cada palabra es una confirmación de que no va hacia la expresión sino que ella llega con la oportunidad con que se la necesita, sin buscarla.

Generalmente, cuando crea sus cantos lo hace paseándose y dictándose largos períodos. Estos originales van casi sin correcciones a la imprenta.

En "Suramérica" el canto continuado extiende cortinajes de crepúsculos violentos de violetas. Flora amarilla y vertiginosa enredada de albas, agua de viento, ríos pintados de abismo y de soberbia, elementos que flamean una alegría de manzano en flor.

Yo recuerdo que al grabar en madera este himno con orillas innumerales me parecía que iba de rodillas por la arena del mar, sintiendo en mi piel aquella frescura azul de tantos y tantos inviernos.

¿Podrá encontrarse una poesía

más verdaderamente pura que en aquellas "uvas trituradas"... pupilas donde quebra el otoño su espantado de gato amarillo y voluptuoso, en aquellas estancias donde "ahumbrará la fruta madura" y nos envuelven "terciopelos de miel oscura?".

Visiones deslumbradoras se van sumergiendo unas en otras y avanzan todas como un tropel de caballos desnudos.

Ahora "Escritura de Raimundo Contreras", la geografía de esta alma tan clara y profunda como los lagos del Sur, tan clara, limpia y estable solamente en su limpieza, por lo que algunos se quedan en la superficie sin llegar al fondo. Y se quedan sin llegar, porque no quieren llegar, porque aún aquellos mejor intencionados cuando no pueden callar frente a la evidencia, se obstinan en morder con dentelladas pueriles, sin tener la valentía de confesar su admiración con la amplitud con que sólo pueden hacerlo las almas nobles.

He nombrado sólo dos de los libros de Pablo por ser para mí los más queridos y los dejo para hablar de su poema "Jesucristo", inédito aún y cuyo, noticia me alegra dar.

"Jesucristo", humano, tan humano y divino. Sería imposible con palabras dejarlo más vivo, más dolorido, más impreso, más presente, más luminoso, más inquietante, más El, puro entre los puros, con aquella mirada de agua tranquila que separa la vida de la muerte.

El estilo aquí es tendido, subiendo siempre, describiendo curvas inmensas, volviendo sobre sí mismo, revolviéndose como un remolino en el agua y precipitándose al fondo para luego elevarse de nuevo con confianza magnífica.

Ha escrito después otra cosa, pero aún "Jesucristo" domina mi actitud recordadora de vaso sagrado.

Luego irá, como lo demás, a las librerías: Alone dirá su gracia dominical, los amigos dirán: "Pablo de Rokha, Jesucristo y el diablo", y más abajo cuatro tonterías. No dejarán de citar al diablo, porque si no cómo se podría hablar de Pablo de Rokha? ¿Qué no ha hecho pacto con él? De otra manera... después de haber escrito "Satanás" y andar por la calle como cualquier burgués de barrio acomodado.

Cojen de sus libros admirables, aisladamente, aquellas palabras agrias y gruesas aisladamente sin llevar con ellas el ritmo y la perspectiva necesaria que las hace desaparecer para formar el verdadero conjunto armónico del arte en donde el lenguaje se hace imagen pura.

Todos nosotros sabemos que la palabra soez no existe en una arquitectura a la donde todas las cosas se dignifican, en una estructura donde todas las cosas guardan aquel sentido de brazo que abarca, de mirada que penetra, de voz que se hace torre y sueño frente al infinito.

Cuando después de los treinta años nuestra alma ya no se conmueve con la fácil tonada del poeta de moda, necesitamos de estas obras seguras en donde está ennoblecida la verdad del destino. Aquí lo encontramos todo: la alegría llena de estrellas, el dolor de acero opalino, el ritmo trágico, el ritmo trágico, nunca los estados de alma perezoables propios de las almas débiles. No es su poesía el desborde sin control del poeta que apenas aprende a manejar el vocabulario lanza gritos desarticulados quebrándose, arrastrándose, no. Aquí encontramos una voluntad arística controlada que ordena, una línea de fuego que marca una ruta amplia y abierta a todas las esperanzas, una pasión muy inmensa pero absolutamente carividente.

Poesía, poesía nueva y eterna, apretada y rebalsada de imágenes múltiples. Gira toda la vida a su alrededor; después de entrar a ella como que no quedaran más palabras en el lenguaje.

Y este hombre tan odiado y calumniado, tan poeta y tan hombre es, ante todo, un hombre de hogar, trabajador, sencillo y valiente.

Es conocido el caso de aquellos hombres mansos y amables con los amigos y que llegan a sus casas infundiendo terror a los hijos, a la mujer, a los servidores... ¡Cobardes!

Yo siento en mi alma un alborozo inaudito cuando nuestros hijos lo aguardan como quien espera al amigo que todo les soporta y les perdona. El sabe llegar a su hogar donde se lo espera con alegría. Nada se cambia, ni se mueve en sentido trágico, nadie corre a ocultarse del hombre terrible y hosco que han inventado los miserables. El es el eje de un hogar feliz donde se vive a conciencia la única vida posible dentro del ambiente estropeado y malsano del momento: la vida secreta y soñada del hogar chileno de ayer.

Es pedestre y ridículo llegar a estas declaraciones pero es tan irritante toda esa fábula embustera creada alrededor de un hombre "tranquilo y soberbio".

Cansa ya aquello de que cada palabra de su obra se la convierten en anécdota. Nombro enca pues lo pintan bailando en las ramadas, nombró chicha y lo piensan borracho. Sin embargo cuando habla de héroes, del mar, de las montañas o del viento no sienten al héroe del mar, de las montañas o del viento y solapadamente, más de alguno, le roba con descaro la marca inconfundible de sus giros extraños y bellos.

Yo no sé hasta qué punto le será dado a una mujer el defender la obra y la vida del hombre que ama, pero sólo sé que nunca este derecho estuvo más legítimamente obtenido que cuando mi feminidad consciente y altiva le reconocía todos sus derechos indiscutibles.

Winett de Rokha.

## El problema de la Universidad

(De la 1.ª pá.)

En nuestra América, donde no existe esa difusa tradición de cultura que afina las aptitudes raciales, producto de un intenso trabajo universitario que mire hacia una honrada selección de capacidades, en medio de las turbulencias inorgánicas de las democracias continentales.

Es por eso que, para nosotros, el problema de la Universidad abarca amplias zonas que comprenden vitales e impostergables intereses, ligados al porvenir nacional. Sin ser devotos de un intelectualismo que sería exótico alarde de decadencia, confiamos, no obstante, en la eficacia de una acción espiritual bien orientada y creemos que de ella puede surgir una superación de los valores de la realidad. Formar en severas disciplinas de cultura a los hombres que han de realizar — en la ciencia, en la administración, en los negocios, etc. — esa labor de amplias proyecciones patrióticas es, a nuestro entender, misión de la Universidad. Y si ella no sabe cumplirla no sirve al país, ni a la juventud, ni al porvenir.

Es por eso que, para nosotros, el problema de la Universidad abarca amplias zonas que comprenden vitales e impostergables intereses, ligados al porvenir nacional. Sin ser devotos de un intelectualismo que sería exótico alarde de decadencia, confiamos, no obstante, en la eficacia de una acción espiritual bien orientada y creemos que de ella puede surgir una superación de los valores de la realidad. Formar en severas disciplinas de cultura a los hombres que han de realizar — en la ciencia, en la administración, en los negocios, etc. — esa labor de amplias proyecciones patrióticas es, a nuestro entender, misión de la Universidad. Y si ella no sabe cumplirla no sirve al país, ni a la juventud, ni al porvenir.

E. G. R.

## DON DIEGO BARROS ARANA EN MIS RECUERDOS

Llegaba al Internado del Instituto Nacional después de un año de permanencia en el colegio más aristocrático de Santiago, dirigido y rectorado por el inolvidable don Carlos Cornish. Llegaba a aquel internado con el miedo vivo a los "monitores" de la escuela de mi pueblo y con la vergüenza del niño provinciano que ha convido un año con escolares aristocráticos, elegantes y despreciativos, pagados de una infinita superioridad personal. Postizo valga del traje y del apellido. En el "patio grande" del Instituto experimenté la primera reacción de alivio y la primera fuerte certidumbre de una igualdad posible. Los internos jugaban y catalogaban a cada recién llegado según la fuerza de los puños y la energía o debilidad de carácter que se ejercitaban en ser actor o víctima de una "corrida de baqueta" o en el "salto del gringo" condimentado con desaforados talonazos en salva la parte. El "pare la chancha", en el que el bautizado o probado era sometido a un feroz apretujamiento contra un muro y a empujones de frente y de costado, tenía el peligro de ser el más duro, con la ventaja de defender a bofetadas los ataques por la espalda.

De un año a otro (1894-1895) estas pruebas estudiantiles perdieron su prestigio, y la igualdad absoluta, con ciertas reservas afectivas, entre santiaguinos y provincianos, fué la ley de camarería. Tan buenos compañeros fueron Emilio Errázuriz y Héctor Zañartu como "el Huaso" Clavel y "el Huaso" dibujaba en la pizarra; largo, huesudo, desgarrado, con gafas, el gorriño legendario, la barba hirsuta de profeta, el maclarán negro y hendido, una pierna echada sobre una punta del escritorio y la inevitable frase inicial del maestro, por leyenda:

La última del día era la de Historia Literaria que profesaba don Diego Barros Arana, el viejo maestro que nos inspiraba respeto y de quien se abusaba durante una hora. Mientras llegaba, Dublé lo dibujaba en la pizarra; largo, huesudo, desgarrado, con gafas, el gorriño legendario, la barba hirsuta de profeta, el maclarán negro y hendido, una pierna echada sobre una punta del escritorio y la inevitable frase inicial del maestro, por leyenda:

PALOTE. "Dejemos la conversación, señores. Dejemos la conversación".

Porque al entrar a la clase el maestro, unos hablaban, otros parecaban, otros al pasar la lista — lo hacía el maestro de vez en cuando — se escabullían. Guillermo Gallardo Nieto teleaba con dos clavos en un teclado de pedazos de acero, inserto en el canto del escritorio. Era mi compañero de banco por orden alfabético. Sorprendido, al fin, se le borró de la lista y con él a todos sus vecinos. El noble maestro se enarrolaba, se ponía las antiparras de distancia y exclamaba una vez más: "Dejemos la conversación, señores".

Llamaba a un alumno y el mismo alumno contestaba: Ausente. Llamaba y llamaba, hasta que alguno decía: Presente.

Entonces empezaba la lección. Se estudiaba a Aristóteles.

A ver: "¿En qué año nació

Aristóteles?". —En el año 384 antes de Jesucristo. —¿Dónde nació Aristóteles? El interrogado no lo sabía. Alguien le soplabla y contestaba: En Macedonia, señor. "Dejemos de soplar, señores". Bueno ¿en qué parte de Macedonia? No recuerdo, señor. Bueno, ¿ha leído Ud. algo de Aristóteles? Sí señor. ¿Qué ha leído? Como el alumno se demoraba en contestar, don Diego lo echaba a sentarse diciendo: —No perdamos tiempo, señores. A ver Fulano de Tal, ¿está? —Sí señor, aquí estoy. Bueno ¿Qué ha leído Ud. de Aristóteles? —He leído Estagirita, señor.

Un compañero le había soplado el disparate que desatinaba a don Diego y que atoraba a los alumnos. Guillermo Gallardo teleaba. Por el extremo de la sala se oía un rebuzno con la indignación de Dublé Urrutia. El maestro bajaba de su tarima, y se hacía el silencio. —Esta no es clase, señores. Esto es un corral. Y un alumno glosaba la frase: Dejemos de rebuznar, señores.

Se oían risotadas por toda la sala. Cacareaba Guillermo Gallardo. Dublé agitaba su sobretodo. Don Diego salía de tino. Al ver su exaltación tan justificada, cesaba el clamoreo; pero antes de continuar la clase, el maestro suprimía de la lista a los que con anterioridad nunca habían respondido a su llamado, y hacía una agria admonición a la clase.

El maestro no rió nunca por nada, nunca perdió su gravedad hierática y siempre advertía que, para otra vez, borraría a todos los de la lista. Era la antítesis del profesor Ugarte Gutiérrez, de Historia Natural, que sonreía y disertaba con blandura fraternal, con palabras afables y consejos de padre. No había dos profesores iguales ni siquiera parecidos en genio y mucho menos en figura. Don Domingo Amunátegui Solar había sido el año anterior el maestro con quien tomamos mayores confianzas. Los más, severos y distantes de sus alumnos, como don Diego. En el año, éste no conoció ni distinguía a ningún alumno; pero todos sintieron hacia él un afecto admirativo, y muchos se indignaban con las chacotas de los menos. Coincidió esta indignación con el hecho de que éstos fueron los que hicieron mejores exámenes, y aquellos los que a la primera pregunta, don Diego mandaba a sentarse.

No había, ciertamente, en aquellos años, dos profesores iguales, pero la enseñanza era la misma: memorista, pesada, aniquiladora. El alumno de retentiva realmente el examen a fines de año, pasaban sin dificultades. Don Diego y los demás profesores, salvo uno o dos, no se ligaban al discípulo por ningún afecto, por ninguna corriente fraternal, por ningún lazo espiritual, por ningún esfuerzo común para adelantar o sugerir amor al estudio y simpatía por la enseñanza. Pero sobre todos, don Diego tenía para el manejo de cada cual una sugerencia que jamás dejaba de repetir: Leer, leer mucho. —Es menester leer señores. Su pronunciación era pastosa, gutural, irrequieta. Jamás decía: Chilolé, Valparaíso, Eugenio, sino Chilulé, Valparaíso, Ugenio. Nunca respetaba los esdrújulos.

Era menester leer a los mejores autores, catalogados en sus "Elementos de Historia Literaria". A Cervantes, a Aristóteles, a Plutarco, a Shakespeare, al Dante, a Manzoni. Sobre todo, a Cervantes, y haberse leído el Quijote de cabo a rabo. Su clase era en realidad una gimnasia memorista, me nos, sin duda, que la de Literatura del señor Gabriel René Moreno. Don Diego se regocijaba in petto cuando el alumno decía por ejemplo: El viernes tanto de tal mes de tal año a tal hora. Recuerdo este hecho singular: al inscribirme en su clase de Historia Literaria me preguntó que de donde era. Al darle el nombre de mi pueblo — cosa rara en los estudiantes provincianos de entonces — me dijo: Ah, atacameño! ¡Revoltozo! Yo tuve un alumno atacameño muy distinguido. Se llamaba Alamiro Roubillart, pero era un revoltoso. Roubillart fué de una memoria prodigiosa, y siendo yo un interno pacífico e insignificante caí entre los últimos que borró de su lista. Acaso por lo de atacameño revoltoso, o por el orden alfabético. Nada le era más grato a don Diego como que algún alumno lo consultara, al terminar la clase, sobre qué obra debía leer de preferencia de tal o cual autor. Ya no se le olvidaba el nombre de ese alumno, pero no era un mérito para pasar en el examen, porque sabía el maestro, acaso por experiencia, que era eso un modo de insinuarse, de hacerse presente. Por lo demás, ese alumno era en el acto clasificado entre los "pateiros", y si en realidad no lo inclinaba el ánimo a hacer la "pata" a don Diego, cuidaba de no consultarlo por segunda vez.

Cuando el maestro se entusiasma con una buena lección, se encendían sus ojos, se desentendía de las travesuras de su auditorio estudiantil y hasta se inspiraba. Su sabiduría erudita brotaba a raudales, generosa con el genio, condecoratoria de lo que era para él fama inmerecida; intransigente, duro, imperturbable en sus juicios. Carecía, sin duda, del don de la palabra, de la ecuanimidad del catedrático y de la imparcialidad del maestro; pero tenía la tenacidad y el desinterés del apóstol.

# MUERTE DEL "PATAS DE SEDA"

Como hemos anunciado, nuestro compañero Eugenio González R. publicará en el curso de este año una novela que trascurre en un ambiente aún inédito para la literatura chilena: la Isla de Más Afuera. González ha estudiado la historia extraña y la prehistórica sombra de los confinados por delitos comunes en aquella roca del Pacífico. Es la novela de nuestra hampa criolla, de lo que con palabras de Gorki podríamos llamar los ex-hombres. Anticipamos a los lectores de "Índice" un relato desprendido de aquella novela.

Alguien dió en la puerta unos golpes tímidos, medrosos.

—Adelante! dijo el teniente.

La puerta se abrió y una ráfaga recorrió la habitación, apagando la vela que la alumbraba. Mientras encendía el fósforo, el oficial miraba al hombre cuya silueta se recortaba en el vano, sobre el fondo lúcido del cielo.

—¿Quién eres? Endeiza? preguntó.

—El mismo, mi teniente,—respondió la voz melosa y arrastrada de Endeiza, el carpintero.

Nuevamente encendida, la vela iluminó el rostro de un hombre joven, alto, de pelo crespo partido al medio. Pestañeaba, revolviendo la mirada entre la pequeña mesa cubierta de revistas y la cara del teniente, alargada en una actitud de pregunta.

—¿Y qué se te ofrece?

—Nada, mi teniente. Vengo a decirle que en el camino que va a "Las Vacas", cerca del embarcadero, hay un hombre en el suelo. Parece muerto. Nadie quería venir a avisar por miedo a meterse en un lío. Yo, mi teniente — agregó con la servil obsequiosidad que lo caracterizaba — he creído mi deber...

tol y la virtud de la constancia y del sacrificio. No se explica de otro modo que, ya anciano, a los sesenta y tantos años de edad, cargado de merecimientos dentro y fuera del país, tomada su vida por el amor al libro, a la erudición, a las investigaciones históricas, a la construcción paciente de su obra escrita monumental, concurrese invariablemente todas las tardes, en invierno y verano, a las dos clases que entonces profesaba en el Instituto Nacional: Historia Literaria y Geografía Física, — a sentir, a remozar, tal vez no a convivir, en contacto con la muchachada, el acervo de su sabiduría, ajeno al momento, viviendo del pasado y mirando hacia el futuro con la certeza del profesor de su época que no veía en sus cátedras de enseñanza esencialmente abstractas y literarias, otra influencia directa e inmediata sobre sus discípulos que la que cada cual pudiese aprender por sí mismo, según sus tendencias y según sus facultades.

Honorio Henríquez Pérez

—¿Y quién es el muerto? Le interrumpió, ceñudo, el oficial.

—No sé, mi teniente. La noche está muy oscura. No le vi la cara.

—Acompañame — ordenó el oficial. — Y arropadme en su poncho, se hundió, precedido de Endeiza, en la sombra densa y dormida que anegaba el campamento. Como un báculo, la luz de la linterna iba tictando el camino.

—Por aquí, mi teniente — guiaba, solícito, Endeiza, cuyos ojos acostumbrados a las asechanzas nocturnas perforaban la tiniebla. — Cuidado con el hoyo. Aquí está el puente...

Llegaron a la cuadra de "Los comunes". Varios bultos se movían en las puertas.

—Buenas noches, mi teniente—dijeron algunas voces, casi apagadas por el rumoroso caer de la lluvia.

El teniente y Endeiza siguieron adelante. La noche los envolvía como algo tangible y espeso que era necesario horadar a cada paso. Iban inclinados, en actitud de acometer, buscando con pies inseguros el camino, tropezando. Un gemido sordo, aplastante, apenas amortiguado por la lluvia y el viento, venía desde los cuatro horizontes: era el aliento del mar que poderoso henchía la noche infinita.

Al borde del sendero, junto a una roca, encontraron un cuerpo, de espaldas. Alumbraron primero unas botas marineras; luego, unos pantalones blancos, con remiendos oscuros, en seguida, un paletó plomo.

Endeiza se inclinó para ver la cara.

—Es el Patas de Seda — murmuró. — Un golpe de viento arrebató sus palabras y las desmenuzó en la oscuridad.

—Parece muerto desde hace rato — comentó el teniente, tocándole una mano yerta. — Se arrodilló junto al yacente y comenzó a examinarlo. Al descubrirle el pecho distinguió en la zona del corazón una ancha herida. Un gran coágulo impedía el fluir de la sangre.

Mientras tanto, unos cuantos hombres se habían aproximado, cautelosamente, y al alzar la luz, el teniente se encontró rodeado por un cerco de caras atezadas y torvas. Estaba solo, sin más arma que el bastón de luma que siempre lo acompañaba. Rápidas, cruzaron por su mente inquietantes interrogaciones: ¿Qué pensarían esos hombres? ¿Qué sombríos impulsos arderían en tanto corazón despiadado? Dejó de percibir los rumores de la lluvia, el aleteo del viento, la canción de la marea; sólo sentía en torno suyo un inmenso silencio y la presencia de aquellos seres inmoviles.

Tuvo miedo...

—El Patas de Seda está muerto — dijo, volviéndose hacia ellos — y una ira violenta lo sacudió de

súbito. Desapareció el conmovido temor que helara sus entrañas en un hervor de impulsos agresivos. Miró a los confinados y apretó los dientes.

—Uds. saben quién fué y tendrán que decírmelo. Uds. canallas — gritó con voz ronca que se enredaba en la cólera. Y con el bastón de luma comenzó a repartir golpes en la oscuridad. Los hombres huyeron atropelladamente en dirección al campamento. Uno llevaba la cabeza rota; otro, un hombre descompuesto. La luz de la linterna, enfocada por el obsesivo Endeiza, los persiguió hasta el recodo del sendero.

Los dos carabineros de guardia en el caserío se acercaban a la carrera.

—Ud. Alvarez, — ordenó el teniente — diga al sargento que venga con dos hombres a llevarse este cadáver. Y Ud. acompañeme, dragoneante Ulloa.

El grupo se dirigió hacia la cuadra, cuyas luces brillaban mortecinas a través de la lluvia.

Cuando aparecieron en la puerta, cesaron, como por encanto, las conversaciones. Casi todos siguieron jugando a las cartas o fumando con aire de indiferencia; pero el silencio estaba denso de inquietud. Oíase, a intervalos, el extraño y melancólico ulular de las ráfagas que se adentraban en la quebrada y el estruendo majestuoso del oleaje que se precipitaba sobre la isla agazapada en las tinieblas del océano.

—Fórmense en una fila!

Lentos y taciturnos, los confinados obedecieron, y de uno a otro extremo de la cuadra se extendió la fila, entre las dos hileras de camastros. La trémula claridad de los faroles, mezclada al humo espeso de los cigarrillos, formaba una especie de niebla amarillenta, a través de la cual las cosas y los seres cobraban una apariencia fantástica, indescriptible, un tanto siniestra. Era una atmósfera de sueño. Todo parecía próximo y a la vez remoto.

—Dé un paso al frente el que mató al Patas de Seda! Qué sea hombre!

Las palabras del teniente sacudieron la inmóvil expectación de todos, vibraron unos segundos en el aire nauseabundo, y se perdieron por fin, secamente, en la hondura de un silencio trágico. Algunas cabezas se inclinaron con pesadumbre. Otras, se irguieron provocativas y afectadas, como expresando que nada tenían que temer. Pasó un minuto. Dos. La inquietud se alargaba, iba a romperse...

Nadie salía al frente.

El teniente tomó, entonces, la linterna y avanzó lentamente enfocando los rostros. Caía el chorro dorado sobre los ojos, los párpados se juntaban presurosos, las caras

se agrietaban en muecas de disgusto. La luz inquiridora se detuvo en Ciruja. El mocetón arrugó las cejas y miró al soslayo, irritado.

—Tú, al frente!

Y siguió la brillante mariposa jugueteando a lo largo de la harapienta tropa hasta que descansó en Cachincoa. Pudo verse una faz chata, innoble; y unas cejas pobladas bajo las cuales se movían, de un lado para otro, dos fugitivos ojos los refintos; y luego unos bigotes presuntuosamente retorcidos sobre una boca cinica.

—Tú, al frente!

El teniente continuó avanzando. Al llegar al Aguilucho se detuvo otra vez y alzó la luz. Era el Aguilucho un hombre muy alto; y, extraordinariamente flaco. Una cicatriz rojiza cruzaba su carrillo izquierdo y daba a la expresión de su cara una ambigüedad de burla y rencor.

—Tú, al frente también, Y, dirigiéndose a todos, agregó: Si antes de dos horas no sé quién mató al Patas de Sedas haré responsables a estos tres hombres. Y como hombre que soy, les aseguro que los "doy vuelta" esta misma noche. Llévenlos al calabozo!

Dos de los carabineros que montaban guardia a la puerta del pabellón cumplieron inmediatamente la orden.

Los confinados parecían sumergidos en un anomadamiento estúpido. Una emoción confusa arrasaba los pensamientos unánimes, los desvanecía en una impresión de asombro, de miedo, de desaliento.

—Yo fuí, mi teniente.

Con la vista baja, un hombre se aproximó al oficial que ya se dirigía a la puerta. Al volverse, quedó frente a Elias, uno de los muchachones que pastoreaban las ovejas en las avaras vertientes del cerro. Tenía un aire de vencimiento: más opaco que nunca en su capote verdoso, con la mugrienta gorra entre las manos indecisas, esperando un destino que se le venía encima, inevitable.

El oficial lo contempló callado, largo rato. En torno de ellos se condensaba el temor expectante de los demás y el deseo de que aquella escena, violenta en su mutismo, terminara de alguna manera, y la noche fuera como todas las noches. Semejaba la cuadra, azotada por los vientos del mar, un barco en viaje de pesadilla, hacia el peligro de una costa desconocida. Los resbalaban sobre los rostros contraídos temblaban también, como siguiendo el ritmo de un destino inseguro.

La voz del teniente aflojó la tensión, casi dolorosa, del ambiente.

—Sigueme — dijo a Elias.

El muchacho pareció no oír, pues se quedó en el mismo sitio, con la mirada abatida, los brazos caídos. Un carabinero se acercó a él

y lo empujó hacia afuera, hacia la noche.

El teniente caminaba adelante, de prisa, bajo la lluvia que arreciaba.

—Y ¿qué va a hacer conmigo, ahora? preguntó el muchacho, después de unos instantes, levantando los ojos cargados de una tenebrosa y desvalida ansiedad.

No obtuvo respuesta. Sin mirarlo, el oficial se levantó y se dirigió hacia la puerta. Al entreabrirla, penetró el inmenso y revuelto clamor de la noche castigada por el huracán. Elias pensó que llamaría a los guardias y que, pronto, demasado pronto, sucedería algo horrible a lo cual no podría escapar de ningún modo. Sintióse infinitamente desamparado, sólo ante la inminencia de un misterio angustiador que avanzaba a su encuentro.

—Perdóneme, mi teniente—murmuró, acercándose al oficial que trataba de localizar, entre la sombra y la lluvia, los bultos de los carabineros que rondaban por el campamento. — Perdóneme. Yo he tenido buena conducta. El Patas de Seda era muy malo. Quería matarlo a Ud. Una tarde, hace poco, se lo dije a un compañero; pero éste, por miedo, no quiso venir a avisarme...

El teniente sin hacer caso de estas últimas palabras delatoras, que Elias lanzaba como un anzuelo a su gratitud, más que a su piedad, continuó mirando hacia afuera. Se aproximaba un rumor de pasos, de armas.

—Sargentooooo...!

Al oír el llamado, se estremeció Elias. El presentimiento de la irremediable sanción que se acercaba recorrió friamente sus nervios. Ahí venían los soldados: sentía sus pasos en el corazón. Y todo se derrumbaba en su interior: la indiferencia ante las cosas, la fuerza del ánimo, el orgullo de su hombría. Sólo quedaba un simple, pero dominador anhelo de vivir. Irrumpía en él un horror pueril. Y fué un niño el que cayó de rodillas y se abrazó a las botas del oficial, gimiendo, suplicando...

—No me mate, mi teniente, mi tenientito lindo. Hágallo por lo que más quiero. No me mate...

Y se arrastraba, se arrastraba. Como un perro.

Un sentimiento, casi asfixiante, de piedad crispó el corazón del teniente. Había un hombre a sus pies; un destino dependía de su voluntad. La congoja del misterio los envolvía por todas partes, la soledad acribillada de lluvia era más triste que nunca, y venía un lamento tan hondo desde el océano, donde se cruzan los caminos y los designios como en nuestra vida...

—Levántate, hombre, no te va a pasar nada. No tengas miedo. El sargento estaba ya en la puerta con dos carabineros.

Elias continuaba arrodillado, gimiendo, hecho un guñapo de ansiedad y angustia.

—Ay, mi teniente, perdóneme. —Sí, te digo. No seas imbécil. Te va a ir al calabozo. En el próximo barco te mandaré a Valpa-

raíso. Allá te arreglarán las cuentas.

—Dios se lo pague! Dios se lo pague repetía el cuidado. Y le besaba las rodillas, como si fuera un sér milagroso que lo librara de una fatalidad sombría.

Los carabineros lo llevaron al calabozo. Iba como renovado. No sentía la mordedura de la ventisca ni la frialdad del aguacero. La noche desgarrada y negra, el cielo encrespado de nubarrones amenazadores, la deprimente desolación del mundo, tenían para él una subyugadora belleza. Amaba su vida recobrada, la certidumbre de su suerte. En Valparaíso — pensaba — será otra cosa. No recordaba al Patas de Seda.

Mientras tanto, en la cuadra, los corrillos de confinados hilvanaban toda clase de comentarios trágicos alrededor de la posible solución del asunto.

—Yo creo que "lo dan vuelta". Quizás esta misma noche — opinaba El Lengua.

—Yo ví que dos carabineros iban hacia Toltén. Es seguro que a preparar el terreno — decía El Felpa.

—Pobre Elias! — lamentaban casi todos.

Cuando entró Iriarte y les comunicó la decisión del teniente que él supo de labios del propio sargento, la cuadra entera vibró de alegría. Empezaron a sonar largas carcajadas de alivio después de la dura tensión de inquietud. Aquella gente ruda y cruel recuperaba el tono habitual de su vida, ajena a las complicaciones del sentimiento y a la tortura de la conciencia. Eran delincuentes serios para quienes un muerto más o menos tenía poca y efímera importancia.

—Cantemos, niños, hay que alegrarse — gritaba Camañiñi, de pie sobre la cama, agitando como aspas los flacos brazos.

La cuadra se llenaba de gritos, de exclamaciones, de risas. Los que estaban acostados se levantaron para incorporarse al júbilo común. La existencia había recobrado su cauce y esa noche volvió a ser como todas las noches.

Era pues, preciso cantar, echar fuera el alborozo del alma. Si hubieran tenido alcohol se habrían embriagado hasta quedar tendidos; pero en la isla sólo disponían del canto.

Y, elevando la voz sobre los distintos rumores que poblaban el pabellón, Bartolo comenzó a cantar, ayudado por las rítmicas palmadas de sus compañeros, la vieja tonada de los presidios:

Me cayera remuerto me condenara, me condenara...

Me cayera remuerto, resucitara, resucitara...

Junto a unos rimeros de pieles de cabros, en un cuartocho vecino, el cuerpo del Patas de Seda esperaba el retorno a la tierra.

Eugenio González R.

EN EL PROXIMO NUMERO DE INDICE

Continúa Ricardo A. Latham su interpretación de la cultura chilena iniciada en nuestro número anterior, con un nuevo ensayo titulado "El caballero chileno y la política".

Eugenio González, nos dará unas páginas sobre Psicoanálisis y una crónica sobre la debatida obra de Panait Istrati: **Rusia al desnudo**.

Domingo Melfi publicará un ensayo sobre los **Deberes del Escritor**.

A propósito del reciente y muy hermoso libro del escritor peruano Luis Alberto Sánchez, titulado **Don Manuel**, biografía novelada de Manuel González Prada, Mariano Picón Salas escribe un artículo titulado: **Literatura, Revolución y Americanidad**.

Publicaremos como hemos anunciado, la síntesis de las interesantes conferencias de **interpretación histórica** de Juan Gómez Millas.

Fernando Ortúzar Vial hará un detenido examen de la **obra unamuniana**, principalmente en esta última etapa que se inicia en Fuerteventura y culmina en las dos recientes conferencias de Madrid.

Héctor Gómez Matus nos ha entregado un interesante **ensayo social**.

Mariano Latorre escribirá sobre algunas grandes **novelas contemporáneas**.

Iniciamos en el próximo número una libre crónica de **Espectáculos**. Con entera franqueza y sin condescendencia con ninguna empresa teatral, haremos la crítica desinteresada y — tan necesaria — de los teatros y cines de Santiago. Nuestro nuevo redactor de espectáculos, bastante conocedor de los rumbos del teatro y cine modernos, hará una eficaz labor de divulgación teatral.

Otrosí: Si ciertos fósiles literarios de quienes hemos tenido que hablar circunstancialmente y contra nuestra voluntad, en nuestros crónicas de **paleontología literaria**, siguen falseando los hechos, desde una revista amarilla que del miedo y la tierra descompuesta, nos veremos obligados a establecer en **Índice** un "Cementerio de los elefantes".

Bajo este título que es el de una apasionante novela de aventuras, traducida en buena prosa castellana por Domingo Melfi, no queremos hacer propaganda a su editor, Nascimento, sino cumplir una labor más urgente de depuración y aireación literaria.

## SIGNIFICADO DE BARROS ARANA

Barros Arana, junto con Sotomayor Valdés, representa en Chile la historia de estilo conservador. Respecto al primero, cuyo centenario celebramos ahora, vale la pena expresar el significado de su conservantismo. Nacido en un hogar pelucón, hijo del constituyente de 1833, Don Diego Antonio Barros, descendiente de la aristocracia feudal que enraza con los conquistadores, sólo en lo religioso rompe los moldes de genealogía. Su carácter vasco se revela por lo materno y sirve mucho para identificar su verídica fisonomía. Casi todos los vascos han sido aficionados al cultivo de la heráldica, al esclarecimiento de linajes y a la crónica minuciosa de hechos heroicos. Barros Arana, que tuvo un estilo enjuto pero correcto, rehuyó decididamente las galas literarias. En "Mi conclusión". Tomo XVI de su HISTORIA DE CHILE dice: "En el plan de ejecución de mi HISTORIA entraba, pues, la determinación de excluir esos pretendidos adornos de estilo que yo no habría podido emplear satisfactoriamente". Se refiere ahí al método de escribir la historia de Carlyle, Michelet y Macaulay. En ese tiempo tuvo en Chile muchos admiradores el último de esos literatos.

Barros Arana se ciñó al método documental, siguiendo las lecciones de Don Andrés Bello. Desde muy joven colaboró en revistas y compuso una biografía de Benavides, muy inferior en colorido a LA GUERRA A MUERTE de Vicuña Mackenna. Su prosa, con e, tiempo, se despeja de galicismos e incorrecciones y toma el giro más preciso de su HISTORIA DE CHILE. Ahí es minucioso, detenido, seco y erudito hasta la exageración. Posee el don de síntesis y revela, a veces, el carácter de una época en hábiles resúmenes o en apretadas notas y siluetas. Recordamos, entre algunos aciertos suyos, la silueta de Carrera en la HISTORIA DE LA INDEPENDENCIA y su estampa de Manuel Rodríguez en la HISTORIA DE CHILE.

Barros Arana no supo ver la Colonia. Su sentido positivista, muy vasco y realista, no le entregó la emoción poética de tal período. Analizó el coloniaje con ojos adustos de cronista, no con la sensibilidad del artista animador.

Barros Arana vivió junto a su clase social y se adhirió a las mejores tradiciones de ella. Sólo constituye una disonancia por su ateísmo y racionalismo que culmina en el incidente con el Ministro de Instrucción ultramontano Don Abdón Cifuentes, en 1871. Con motivo de las encerradas estudiantiles al fervoroso ministro "cantorberiano", éste se retiró de la afección a Errázuriz el Grande. En las memorias de Cifuentes se daba la razón de esta actitud, pero ese li-

bro ha quedado inédito después de su muerte.

Barros Arana recibió grandes homenajes en vida y fué estimado como el mentor del Liberalismo. Su obra es grandiosa como compilación, pero no tiene simpatía humana ni sensibilidad artística. Hoy día aún no se puede prescindir de ella para conocer a fondo el período de la Independencia. Mirada desde lejos tiene la severa y adusto grandeza de una pirámide, pero aleja de su trato continuo el estilo parejo, monótono y dominado por un ritmo de hierro.

La historia positiva y conservadora de Chile está allí, en esos diez y seis tomos que analizan el nacimiento de una república austral, dominada cien años por una clase de terratenientes. Barros Arana es el cronista vasco de una aristocracia vasca. De ahí su minuciosidad deleitosa, de ahí su sequedad espiritual, de ahí su despego al hecho de resonancia social, la ausencia del espíritu crítico y vivificador de un Sarmiento, de un Ramos Mejías, de un Arguedas.

Contemplada esta figura desde nuestra actualidad, resulta interesante como expresión de la mentalidad de la burguesía liberal del siglo XIX. Participa de todas las ventajas e inconvenientes de esa posición vital. Exacto, severo, minucioso, Barros Arana es el mejor testimonio de la seriedad de la investigación histórica en Chile. Ningún país de América presenta un libro más compacto y, a la vez, más insensible a la rica calidad de

## LIBROS

AZORIN, por Werner Mullert

Un catedrático de la Universidad de Halle, Alemania, Werner Mullert, es autor de un serio y detenido estudio sobre la obra del autor de "Doña Inés", cuya traducción castellana acaba de poner en circulación la Biblioteca Nueva de Madrid. Se trata de un estudio a la alemana.



muy preciso en su documentación y muy agudo en la exposición de las obras culminantes del escritor español. El método empleado por el profesor Mullert, para la composición de su obra no es ciertamente el mejor.

En efecto, se ocupa en dar cuenta de todos los libros de Azorín publi-

esta raza austral. Tal insensibilidad suele conmovirse en algunas páginas de la HISTORIA DE LA GUERRA DEL PACIFICO o al describir las hazañas de Manuel Rodríguez o Juan Neira. Ráfagas de humanidad que sazonan ese variado museo del pasado nacional.

La tradición chilena ha seguido teniendo ahí, pese a ciertas críticas conservadoras como la de Don Pedro Nolasco Cruz y del Ilustrísimo Obispo Don Carlos Silva Cotapos, su mejor repertorio. Después de Barros Arana — el más completo historiador chileno — tan sólo han representado una nota más renovada de tal visión de nuestro pasado los señores don Gonzalo Bulnes y don Alberto Edwards.

El primero agregó a la historia de Chile el esfuerzo de sus políticos en la expansión por el Pacífico y el elogio de sus hombres civiles en el año 1879. El segundo ha sido el rapsoda versátil pero documentado del peluconismo. Peluconismo que tiene, entre nosotros, matices originales: el ateísmo racionalista de Barros Arana; el escepticismo crítico y desprecio a la democracia de Alberto Edwards; o el elegante conservadurismo laico de Sotomayor Valdés. En último término los únicos que rehuyen lo pelucón y semejan revolucionarios en política, son los actuales conservadores.

Reflexiones son estas que provocan Barros Arana, y cuyo desarrollo merecería mayor detención.

R. L.

(1) Diego Barros Arana: Nació en Santiago el 16 de agosto de 1830. Murió el 4 de noviembre de 1907. Sus obras completas han sido publicadas por la Universidad de Chile.

cados hasta la entrada del escritor español en la Academia de la Lengua, detallando capítulo por capítulo lo que contienen. Las vistas generales sobre el ideario de Azorín sobre su estilo, sobre la concepción particular de la vida que el escritor tiene y refleja en sus escritos, todo eso parece secundario al profesor alemán.

Sin embargo, el libro es útil, sobre todo por el trabajo de los traductores. En efecto, han corrido con la versión don Angel Cruz Rueda y don Juan Pericay y Carandell. El primero, profundo conocedor de la obra azoriniana, ha adicionado la obra de Mullert con varios apéndices del mayor interés, como que abarcan el estudio de las actividades literarias de Azorín desde el ingreso de éste en la Academia hasta ahora. También se inserta una conferencia del mismo autor sobre Azorín.

En suma, un libro curioso, ameno de leer aún cuando el doctoral análisis del alemán resulte pesado y rastreado y el lector anhele por todo

homenaje más ideas generales, mayor hondura interpretativa, menos detenimiento en exposiciones de las obras mismas, exposiciones que están bien para el que no ha leído nada del gran escritor español pero que no le agregan nada al que ha cumplido con ese elemental deber literario.—R. S. C.

★

Memoria de un venezolano de la Decadencia.— Por José Rafael Pocoterra.— Revista Reforma Social. New-York. Año 1928-29.

Hace cuestión de dos o tres años atrás, platicábamos con Mariano Piñón-Salas sobre la luctuosa realidad suramericana y extendiendo nuestra vista por el atlas del continente, pensábamos que un hado maligno había sembrado en el trópico, sal de maldición sobre sus tierras fértiles y sus soles ondulados. Piñón-Salas, con un concepto antropogeográfico de la realidad histórica, afirmaba que la tragedia de la América Tropical era la tragedia del mulato inadaptado a la vida civil y que se debía más que a otra cosa, a la falta del HOMBRE BLANCO, entendiéndose por tal el que vive, estudia y reflexiona dentro de las normas de la cultura occidental. En la etapa de evolución espiritual que el hombre "genuinamente" blanco ya ha adquirido en Europa, hay ciertas actitudes que repugnan, ciertos procedimientos que están vedados por una incontrastable frontera moral, que repugnan como repugna al hombre presente la antropofagia primitiva, pero que en ninguna circunstancia se utilizan porque hay una conciencia colectiva de la dignidad humana.

La tragedia americana del mulato es precisamente esa: la falta de responsabilidad moral y de control histórico. En este sentido el libro de José Rafael Pocoterra, "Memorias de un Venezolano de la Decadencia", es todo lo que se podría llamar un documento humano, porque en sus páginas intensas late la más increíble tragedia de un pueblo que en medio de la civilización actual sufre como suplicio político el "tortol" (mutilación de los órganos genitales), el veneno traicionadamente ingerido en la comida y la inoculación de enfermedades, con la única finalidad de mantener en el poder por el espanto a un hombre que vende su país en concesiones y en empréstitos.

El libro de Pocoterra editado en New-York no ha llegado a nuestras librerías a diferencia del de Vaillanilla-Lanz, celestino teórico de un régimen troglodítico, que inunda las vidrieras con el letreiro de su título. Pero las cárceles repletas, las familias deshechas por la muerte y la persecución, las masas proletarias fatigadas por el hambre, los jóvenes estudiantes de quince y diez y ocho años abonando con sus endebles las carreteras adyacentes a Maracay, son una realidad venezolana tan viva, que el cable con sus breves notas las anuncia por todo

## LIBROS Y CRONICA

el Universo. No vale el desmentido oficial del señor Gómez: la tragedia venezolana salta las fronteras y en todos los corazones que están beligerantes de inquietud, hay la convicción de que don Juan Vicente Gómez es el sacrificador de su pueblo inerme. Intencionalmente no nombramos, a Juan Bautista Pérez "sucesor constitucional" de Juan Vicente Gómez, según fueron informadas las cancellerías oportunamente, porque no queremos hacernos cómplices de esta mentira organizada, ya que tanto hoy como 1908 — más de veinte años — continúa Juan Vicente Gómez dominando por el terror.

Premeditadamente no hemos analizado el valor literario del libro de Pocoterra, aunque se trata de un gran escritor que tiene páginas en

que la miseria, la emoción y el horror desiertos, hacen recordar esas narraciones del "Sepulcro de los Vivos". Como en la Sberia de Dostoyevsky el tedio los viechos y el chirrear de algunos grilletos con sus pesados armazones de fierro o el corte rápido del azote en las espaldas, son la desesperación que interrumpe la soledad de los presidarios. Consideramos que estos libros no valen por el acierto de su técnica literaria, sino por la humanidad que solloza y que clama desde sus páginas; por la inmensa tragedia que relatan donde toda palabra es un pedazo de la vida desesperada que llega hasta nuestros oídos y que se clava ante nuestra vista. Libros como "Las Memorias de un Venezolano de la Decadencia" están más allá de la literatura, son la historia detenida en una larga y sombría cinematización, en que un pueblo vive toda una jornada de veinte años de angustia y de martirio.

El libro de Pocoterra, sin decir un elogio inútil, es un libro vital para los suramericanos. Describe el lacayismo, la falta de conciencia democrática, el sentido "mulato" del poder considerado como instrumento de bienestar personal. El nos muestra como se envilece la tierra de Bolívar, enseña que la pluma y el escritor cuando enciende su alma un anhelo superior de justicia, son fuerzas morales formidables que bastan para deshacer veinte años de engaños y mentiras diplomáticas.

Fernando Celis Zagarra.

□

## LA ENSEÑANZA DE LA EDUCACION CIVICA EN EL LICEO

por Amador Alcayaga

Una dilatada experiencia, recordada en largos años de servicios en la docencia pública, y un ponderado criterio realista para apreciar nuestros problemas educacionales, dan especial valor a las sugerencias que nos ofrece don Amador Alcayaga, rector del Internado Nacional Barros

Arana, en su folleto "La enseñanza de la educación cívica en el liceo", editado recientemente por la Dirección General de Educación Secundaria.

El problema de la educación cívica de la juventud reviste singular importancia en cualquier país y especialmente en el nuestro, donde las más contradictorias influencias espirituales y doctrinarias se hacen sentir en la actualidad. Pero ella — como muy bien lo sostiene el señor Alcayaga — no puede resultar de una enseñanza verbalista y de una prédica sistemática sino de la acción conjunta de las fuerzas morales del Liceo, de la Familia y del ambiente social, orientadas hacia altos ideales patrióticos.

Por lo que al Liceo se refiere, compartimos las ideas del autor, quien considera fundamental para su eficacia educativa un mejoramiento de la condición del profesorado y una nueva orientación de sus actividades en el sentido de lograr, mediante un cambio en la estructura y métodos vigentes, un cultivo integral de los valores humanos de la adolescencia. La experiencia ha demostrado hasta la saciedad que toda reforma necesita basarse en la calidad del instrumento humano que, tratándose de educación, es el maestro.

La lectura del folleto de Don Amador Alcayaga conduce a una reflexión útil sobre diversos problemas relativos a la educación secundaria, que espera todavía las reformas necesarias y ofrece atinados puntos de vista y provechosas soluciones, fundamentadas no como es costumbre en difusas teorías, sino en la observación serena de las realidades

G.

## EL DESDEN POR LA INTELIGENCIA

Que una persona que ha vivido toda su vida fabricando salchichas, considere que éstas constituyen el más extraordinario producto humano, afecte desdeñar la cultura intelectual y no conciba los deberes de la Inteligencia, no tiene nada de extraño: aún es posible que hayamos calumniado mucho a los salchicheros, haciendo de ellos — como en ciertos cursis novelas románticas — los prototipos de la materialidad. Pero que alguien que disfruta de cierta nombradía intelectual, quiera ser llamado poeta y escritor y aspire a que los dones de la Poesía o de la Literatura encarnen en él por un proceso más misterioso que el del dogma cristiano de la gracia; que una persona así, que sale a la calle luciendo la etiqueta de una profesión literaria, se cruce de brazos ante la cultura intelectual, diga: "esto no me importa", y considere a la Inteligencia

razonadora como a una vieja comadre, es verdaderamente monstruoso. O indicaría en este tiempo en que a todo se le busca una raíz subconsciente un nuevo tipo de neurosis. Llamáremos a esta neurosis mientras un médico amigo nos da la clasificación exacta, la fobia de la Inteligencia; el desdén por la cultura, cuya comprensión requiere naturalmente, cierto esfuerzo del conocimiento y de la voluntad.

Esta nueva forma de neurosis se ha presentado últimamente en grupos e individuos bastante diferentes. Y como la enfermedad todavía no estaba clasificada, algunos llegaron a confundirla con la psicosis o enfermedad de los toros, que como se sabe se ha propagado últimamente con carácter epidémico en ciertos países. La enfermedad — llamémosla así — la hemos notado en Chile en grupos bastante alejados como pueden serlo los viejos autores teatrales y algunos jovencitos que hacen una Poesía no propiamente deshumanizada, sino lo que es mucho más grave: sin Humanidades. Sin embargo en cada uno de estos grupos — por razón de ambiente — la enfermedad toma algunas modalidades propias. Vamos a ayudar a los médicos transmitiéndoles algunas observaciones muy vulgares, que hemos recogido de la nueva enfermedad. Los médicos se encargarán naturalmente de fijar la nomenclatura técnica y la agrupación adecuada de los síntomas observados por nosotros.

## UN AUTOR TEATRAL

Un autor teatral cuyo apellido no es precisamente una garantía para la propiedad literaria se sintió ofendido por la crítica que hizo de su labor nuestro compañero Latcham; y en vez de contestar a la crítica con otra crítica, con intención tal vez de propaganda acudió a los Tribunales para acusar a nuestro compañero de un delito que no está contemplado en los Códigos: el delito de crítica literaria.

Entonces, en la ofuscación de la inteligencia o en la fobia a la inteligencia que juzga y que razona, el referido autor teatral ensambó unos cuantos artículos del código penal, les puso ese críollo condimento del tinturrillaje, a fin de obligar a nuestro compañero, a asistir a unos largos y muy tediosos comparendos.

Claro que sería redundante hablar de la necesidad de la libre crítica literaria. La cuestión planteada por el referido autor no puede ser problema jurídico. Pero la actitud en que se ha puesto — a pesar de sus pretensiones literarias — indica ese desdén de la Inteligencia; ese terror al razonamiento, ese sentido bárbaro o mejor esa falta de sentido de la cultura intelectual a que antes aludíamos.

## SIEMPRE HAY UN POETA

Siempre hay un poeta (o alguno que aspira a tal) que a los veinte años se considera el centro del mundo. Este poeta no le debe nada a la Cultura; desprecia la Inteligencia, se entrega a la exaltación de lo único que posee: su ignorancia y su juventud. La Ignorancia podría pasar, cuando fuese modesta y se considerara transitoria. La Ignorancia erigida como sistema o la pose de la Ignorancia, son ya insostenibles. Es grave, también, que una revista que intenta difundir la Literatura en Chile, dé a este elogio de la Ignorancia y a esta homilía contra la Inteligencia, la importancia de una primera página. Si ese poeta que canta la Inculcatura no ha leído a Shakespeare o a Platón, peor para él; no vemos por qué este asunto pueda ser de interés público. Eso sí que hasta como poeta esta ya desacreditado el disco tan viejo y tan lamentable de la frivolidad y espontaneidad poéticas. La falta de cultura y el poco empleo de la facultad razonadora, es lo que produce en nuestra América, tantas generaciones frívolas e indoctas; gentes sin sentido de la tierra, sin realidad interior, esperanzas de humo. La hora es más seria, y hasta el deporte — si consideramos la Poesía como un deporte — tiene también su cultura. Claro que resulta más fácil quedarse con la barriga al sol; cazando como moscas algunas inofensivas imágenes, escribiendo en los álbum de las señoritas y respondiendo a los que nos dicen que hay en el mundo otros intereses: "¡No se me da una higa!"

Pero este romanticismo del muchachito inspirado, romanticismo pegajoso como esas calcomanías de la infancia, ya ha perdido hasta su colorido y simpática arbitrariedad infantil.

## CHARLAS DE "INDICE"

El Director General de Bibliotecas y distinguido novelista don Eduardo Barrios, nos ha cedido un salón de la Biblioteca Nacional para las charlas culturales de Índice, que se efectuarán todos los sábados a las 16 horas en dicho local.

Hemos formulado ya un interesante programa para estas charlas. Don Pedro León Loyola hablará sobre los "Orígenes de la ciencia y filosofía griega"; Ricardo A. Latcham sobre la vida boliviana en tiempos de Melgarejo, Eugenio González R. sobre Psicoanálisis, Raúl Silva Castro sobre un tema de Literatura española contemporánea y Manuel Rojas sobre Poesía actual.

Hemos pedido además la colaboración de escritores tan distinguidos como Alfonso Bulnes, Hernán Díaz Arrieta, Mariano Latorre, Domingo Meli, Amanda Larbarca, etc.

# A PROPOSITO DEL FANTASMA DEL SEÑOR GIDE

POR LORD JIM

En el número 22 de la revista "Letras" aparece un artículo titulado "El señor Gide y su fantasma". Autor: Luciano Farnoux Reynaud. Traductor: anónimo, e hizo bien, porque su incompetencia para traducir el francés es manifiesta. Encabeza este artículo una nota de la Redacción, motivo del presente comentario. Es cierto que la crítica de M. Farnoux Reynaud pudo venir sola, que ello no hubiera sido obstáculo para esta protesta mía. Me habría ahorrado al menos este trabajo de combatir en dos frentes a la vez; sobre todo de responder a las sutiles intenciones de los redactores, tarea harto más ingrata que la de formular una opinión contraria frente a un escritor apasionado pero de buena fe.

Me parece necesario para la comprensión de estas líneas, que el lector se entere de la nota aludida:

"Creemos de interés ofrecer a nuestros lectores el siguiente artículo de Luciano Farnoux Reynaud, recientemente aparecido en "Le Crapouillot" sobre la personalidad de André Gide, ya que este escritor goza en Chile de tantas admiraciones, pudiendo decirse que él ha formado escuela y que son ya numerosos los literatos del país que lo señalan como maestro. El presente artículo de Farnoux es un análisis firme que aclara muchos aspectos de la obra gideana".

Desde luego, los "numerosos literatos" son Nos (y adviértase que no soy yo quien me he otorgado este plural majestático). En Chile se conoce la obra de Gide y muchos la admiran; pero aquello de que haya formado escuela...

Si los señores redactores se refieren a la escuela literaria, me parece que han sido mal informados. En Chile no hay un solo escritor de escuela gideana, y pese a los críticos, mi modesta obra no tiene tampoco (no diré influencias, pues faltaría a la verdad) intención de seguir esa escuela, como puede verse en el 50° latitud sud. Soy un simple principiante literario que busca su apoyo en la manera de Gide, en su frase corta, en su análisis de las percepciones; no en su estilo, puesto que, como bien dice Farnoux en este artículo: "... el estilo de un escritor corresponde a su manera de pensar" y la mía dista mucho de aquella del autor de "Nourritures". Ni Lutero, ni Descartes, ni Rousseau. Pierre Janet, solamente y con él, una visión psicológica de los hombres y un alegre y fraternal desprecio por la Humanidad y sus mitos. En mi sí que sería difícil ver a "un embrujado de moral". Bien dijo el Sr. Latham que me soliviantaba contra el Maestro y que prefería discutir a seguir dócilmente su escuela.

Esto por lo que respecta a la literatura. Ahora si la Redacción se refiere a otra clase de "escuela" gideana (y siento referirme a ello pero las alusiones de Farnoux lo exigen) es preciso informarla que esta existía desgraciadamente entre nosotros mucho antes que naciera M. Gide, su padre, o su abuela. Es precisamente esa herencia anormal legada por los Lautarios y los Caupolicanos (1) quien abrió la primera puerta a la obra relativamente árida de M. Gide. Los instintos de la pederastia latente fueron en un principio mucho más activos que la curiosidad artística y desinteresada. Ellos contribuyeron a que muchos idolatrasen L'Immoraliste en forma desmedida y a que otros lo combatieran con la vehemencia de aquel que sabe donde le aprieta el zapato. Por esto si "Letras" fuera una revista de moral contribuiría poderosamente a exterminar entre nosotros esa influencia perniciosa de Gide. Pero no es así; "Letras" — su nombre lo dice — es una revista de literatura, como quien dice para literatos, y por consiguiente incapaz de hacerle tragar a un hombre culto una pildora tan llena de asperezas y de un volumen tan grosero como aquel artículo de monsieur Farnoux. Para conseguir el fin deseado, hubiera sido preciso demostrar a las personas timoratas — entre ellas al crítico mencionado —, que se alarman ante la obra de M. Gide por la acogida dispensada en ciertos cenáculos, que todo esto es imprevisto y sumamente sensible. Hay en Gide una dosis suficiente de belleza para ser gustada en forma artística y desinteresada, y son muchos, felizmente, los que sabemos apreciarlo en este sentido. Otros, menos deseables tal vez, se lo han apropiado como "Jefe de Escuela". Sin duda, es una desventaja de la popularidad el no poder elegir sus admiradores. Cristo tuvo sus Pentecostales y Tolstói el Soviet. El pobre Gide, muy a pesar suyo, tuvo que soportar el incienso de todos los uranistas de la tierra...

Siempre me he preguntado por qué la revista "Letras" se preocupa de preferencia en presentarnos traducciones extranjeras que podríamos leer por la mitad de precio en **Candide**, **Les Nouvelles littéraires**, **Mercure de France**, etc., sobre todo que no iríamos a buscar en "Le Crapouillot", revista momparsiana de tercer orden. Habría sido interesante, en cambio, conocer la opinión sobre Gide de algún escritor chileno. Es cierto que resulta más cómodo adherir a la opinión de otro...

M. Farnoux analiza a Gide en diversos aspectos con esa ironía deliciosa en los franceses e insuperable en los "Camelots du Roy". Todas las razas que sobresalen por cierta finura espiritual tienen su polo opuesto en sus representantes burgueses. Entre nosotros — que somos algo groseros como todo lo que viene de España — el tipo corriente, burgués, no desarmaría dentro del conjunto. En Francia, no. Lo que no es pura alma francesa, todos los que tienen ribetes de clericalismo, finanzas, política, colonias, el mismo francés visto en el extranjero se nos muestra a menudo como algo odioso, vulgar, grosero en su ironía y en toda su personalidad. **C'est la rançon de la gloire...**

Mr. Farnoux no es la excepción. Lo vemos, primero, emitiendo juicios imprevistos sobre algunos escritores franceses. Habla del **pseudo-genio** de Paul Valéry, de la frivolidad de Maurois, de la **candidez** de Frondaie. Para él, Bourget y Barrés son "proclamadores de principios necesarios" (cuáles?); France, un "voluptuoso de la destrucción", Massis y Berl "panfletarios vehementes del siglo"; Maurras, "un empirista organizador".

Prefiero no hacer comentarios. Lo que no podría silenciar es su apreciación final sobre "algunos raros hombres intuitivos, comprensivos, que dirigen sus investigaciones en todos sentidos descubriendo así las síntesis fundamentales"... y cita como ejemplo (lo presenta) a Leon Daudet, el excelente majadero.

Cuando pensé escribir esta protesta, creí necesario consultar la excelente obra sobre Gide de M. Paul Souday, o los estudios que sobre él hicieron Massis, Charles Du Bos y otros. Habiendo leído con más atención el artículo de M. Farnoux, juzgué innecesario, casi cruel, recurrir a estos autores pues no resiste a objeción alguna.



Si ahora me doy el trabajo de rebatirlo, es sólo en homenaje a la verdad y a la buena fe de ciertos lectores poco informados sobre Gide, que podrían creer a pie juntillas cuanto necedad nos destila Farnoux a través de sus Crapouillots.

El crítico reprocha a Gide — dejando de lado las alusiones referentes a su muerte y a los efebos enyesados — que los héroes de sus novelas son anémicos, desprovistos de interés y que los creó con el solo fin de discutir a sí mismo sin tomar en cuenta la lección de saber que estos pudieran darnos o el recreo que podrían proporcionar al lector; y agrega: "Gide representa la forma más acabada de onanismo intelectual".

Sería preciso saber cuales son las cosas que instruyen o divierten a M. Farnoux. La obra de Gide es un pozo de "diversión" espiritual. Su estudio de las percepciones, de las sensaciones "concienciadas" en **Nourritures** y **Amyntas**; su análisis admirable del tedio y de la monotonía humana, en **Paludes**; del sub-hombre, en las **Caves du Vatican**; de la ternura, en **le Retour de l'Enfant prodigue** y **Symphonie pastorale**, hacen de estas obras verdaderos ejemplos de análisis psicológico, de gusto artístico refinado y de estilo puro. Bastaría que Gide nos hubiera dado tan sólo sus **Nourritures terrestres** para merecer su fama de maestro.

¿Qué sólo busca discutirse? Toda obra literaria que aspira a tal, debe ser escrita con discusión interior, sin fines espectaculares. Debe bastarse a sí misma y a su autor. ¿Ignora M. Farnoux la psicología hasta el punto de no saber que el "acto de pensar" es una discusión consigo mismo? ¿Cómo puede acusar a Gide de ser enemigo de la razón si le reprocha que piensa?

Más adelante dice: "La Metafísica nos permite definir con una sola palabra la personalidad de André Gide: inversión".

He aquí la inversión tomando asiento en la Metafísica, después de una gira descabellada a través de las ciencias que la rechazan por su falta de seriedad. Bueno; ya todo niño de siete años sabe que M. Gide es, fué y probablemente será aún invertido, pero díganos M. Farnoux, qué viene a hacer aquí la Metafísica. ¿No hay que emplear los términos técnicos como en los libros de filosofía Rosa-Cruz...!

¿Se dice que Gide busca su justificación en Bergson? Esto es verdad. M. Gide tiene sesenta años y es protestante. Fácil es comprender, sin recurrir a la Metafísica, su anhelo de justificación, muy digno de alabanza y no de censura como parece indicarlo Farnoux.

# CRITICA DE ARTE

**EXPOSICION REBOLLEDO CORREA.**— Cuando se trata de criticar la nueva producción de un novelista conocido, de técnica más o menos uniforme, es relativamente fácil poner de relieve los diversos factores que determinan su originalidad. Se examina el argumento, se discuten las ideas, se señalan orientaciones, etc. No ocurre lo mismo con la obra del pintor consagrado que no se renueva. Hay como un preconcepto que nos impide distinguir lo que es nuevo de lo que no lo es. En otros términos: le es más fácil ser "novedoso" al escritor que dominar su técnica que al pintor en las mismas condiciones. Las ideas del pintor, así, corrientemente, vienen siendo los objetos del mundo externo — del mismo modo que los objetos del escritor son los conceptos. Por consiguiente, el asientamiento principal de la originalidad en la pintura (después de la constancia del temperamento) consiste en la diversidad de los motivos que representa, y, esta variedad, por ser de orden exclusivamente sensorial es y tiene que ser de igual modo superficial. Por otro lado, el mundo objetivo predominante en la pintura — paisaje y figura humana — permanece punto menos que el mismo desde Adán hasta nuestros días.

¿Será este hecho lo que ha provocado en los últimos tiempos una reacción tan señalada contra la rutina del arte plástico, llevándolo tan lejos como ha podido, hacia un terreno donde la intelección y la técnica constituyen la mayor parte de la obra artística? ¿Y será también este mismo fenómeno el que ha producido esa considerable legión de investigadores artísticos, cuyo maestro epónimo, Paul Cézanne, confiesa al final de su vida, haber realizado apenas algún progreso, y que induce a Maurice Raynal, destacado crítico de vanguardia, a definir la pintura como "un arte de hipótesis plásticas"?

Bueno, ninguna de estas cosas parece preocupar al conocido pintor D. Benito Rebollo Correa. Vense en su última exposición, infinidad de motivos repetidos; ver-

gracia, pinturas de animales, como vacas, cabras, y desnudos de niños en la playa en los cuales se notan más o menos los mismos efectos de luz y sombra, habituales en las obras de este pintor. De una a otra tela de "cabras pastando", no existe diferencia artística apreciable. Es el mismo motivo, un acentuado carácter místico y simbólico que la coloca casi al margen de la creación artística. De acuerdo con lo dicho, afecta un pronunciado carácter decorativo. Los motivos son generalmente grandiosos y las formas esquemáticas. Pinta de preferencia los paisajes ascéticos, donde las colinas, las nubes y las rocas están tocadas de antropomorfismo, dando al conjunto una apariencia sobrenatural y teleológica. Ama los contrastes; coloca en primer plano masas oscuras donde se ven hieráticas sombras de monjes o de feligreses, mientras hacia el fondo se proyecta una perspectiva celestial e inefable. Un tono azul domina siempre en sus telas. El procedimiento resulta moderno y novedoso en parte; pero en conjunto da una impresión contradictoria, así como es de ambigua su personalidad. Al lado de una sutil gradación de colores de buen efecto hay una figura de tonos pobres o de trazos mequinos.

Lo lamentable es que obras así, se presten para extraviar el gusto artístico de la gente o su incipiente concepto de los valores estéticos. Prueba de ello es que la señorita Grant, agente del difunto Roerich, haya dejado, constituida en Chile la Sociedad de Amigos de Roerich...

**NICOLAS ROERICH.**— No es tarea fácil poder concretar las razones que han de destruir un mito artístico sabiamente combinado. Roerich fué un propagandista religioso de origen ruso, cuya misión exacta no es fácil precisar. Siendo muy joven se vino a E.E.U.U., donde parece que intuyó la actual difusión multitudinaria de sus cuadros-ideas. Roerich preconizaba para la salvación del mundo, una especie de panteísmo razonado con raigambre asiática. Esta es la razón por la cual se entregara a las investigaciones teogónicas orientales, reuniendo toda clase de documentos artísti-

(1) Hemos visto una exposición entera de este mismo artista hecha a base de aves de corral, incurriendo en los mismos defectos, pero de distintas razas. Tal distinción de la raza en el motivo pintado se ve igualmente en la exposición que comentamos. V. gr., "Vacas Durban", "Vacas holandesas", etc. lo cual suziere, sin duda, la idea de calidad comercial, de valor en dinero.

Gide apesar de su osadía es un hombre de otro siglo lleno de escrúpulos sociales y religiosos; hoy día nadie pensaría en buscar justificaciones que no siempre son útiles y que exponen a ser autor de un **Coridon** más o menos ridículo. Porque esa es la verdad. El mayor reproche que se puede hacer a Gide es el haber tomado en serio su anomalía. No que ella sea indiferente, sino que su importancia debe concernir sólo al afectado y no a la sociedad. Esta sólo juzga aquello que tiene visos de razonable y que está en su poder

crear o destruir. La inversión re-presenta para ella un escollo insalvable cuya explicación es un atentado a su organización; algo así como el rayo sobre los campanarios de las iglesias, para los teólogos de buena fe. Al terminar su filípica contra Gide, M. Farnoux asegura con deliciosa ingenuidad "que la vida se desarrolla según una lógica implaceable en la que el acto gratuito no es más que un mito". ¡Favor a la Santa Hermandad psicológica! ¡Ribot me auxilie con su "Logique des Sentiments"! Rig-

grías inmensas. De aquí que lo vez con el exclusivo objeto de pintar y reproducir todo aquel maravilloso exotismo que se resume en las doctrinas místicas de Oriente. Así llegó a concebir un arte finalista; un arte al servicio de una religión, donde la belleza fue... etc. Toda su obra tiene pues, un acentuado carácter místico y simbólico que la coloca casi al margen de la creación artística. De acuerdo con lo dicho, afecta un pronunciado carácter decorativo. Los motivos son generalmente grandiosos y las formas esquemáticas. Pinta de preferencia los paisajes ascéticos, donde las colinas, las nubes y las rocas están tocadas de antropomorfismo, dando al conjunto una apariencia sobrenatural y teleológica. Ama los contrastes; coloca en primer plano masas oscuras donde se ven hieráticas sombras de monjes o de feligreses, mientras hacia el fondo se proyecta una perspectiva celestial e inefable. Un tono azul domina siempre en sus telas. El procedimiento resulta moderno y novedoso en parte; pero en conjunto da una impresión contradictoria, así como es de ambigua su personalidad. Al lado de una sutil gradación de colores de buen efecto hay una figura de tonos pobres o de trazos mequinos.

Lo lamentable es que obras así, se presten para extraviar el gusto artístico de la gente o su incipiente concepto de los valores estéticos. Prueba de ello es que la señorita Grant, agente del difunto Roerich, haya dejado, constituida en Chile la Sociedad de Amigos de Roerich...

**CUADROS DE PACHECO ALTAMIRANO.**— Digna de aplauso es la labor de este joven artista enamorado de los puertos y de sus cosas típicas. Su pupila, quizá oriunda del sur de Chile, posa favoritamente en los paisajes grises del austro, del mar y las lluvias. El dorado le nace convalescente, como el de los soles de invierno; hasta su técnica es un poco florosa, que parece quisiera afirmarse cuando busca el gran motivo: navios de alto bordo,

grías inmensas. De aquí que lo vez con el exclusivo objeto de pintar y reproducir todo aquel maravilloso exotismo que se resume en las doctrinas místicas de Oriente. Así llegó a concebir un arte finalista; un arte al servicio de una religión, donde la belleza fue... etc. Toda su obra tiene pues, un acentuado carácter místico y simbólico que la coloca casi al margen de la creación artística. De acuerdo con lo dicho, afecta un pronunciado carácter decorativo. Los motivos son generalmente grandiosos y las formas esquemáticas. Pinta de preferencia los paisajes ascéticos, donde las colinas, las nubes y las rocas están tocadas de antropomorfismo, dando al conjunto una apariencia sobrenatural y teleológica. Ama los contrastes; coloca en primer plano masas oscuras donde se ven hieráticas sombras de monjes o de feligreses, mientras hacia el fondo se proyecta una perspectiva celestial e inefable. Un tono azul domina siempre en sus telas. El procedimiento resulta moderno y novedoso en parte; pero en conjunto da una impresión contradictoria, así como es de ambigua su personalidad. Al lado de una sutil gradación de colores de buen efecto hay una figura de tonos pobres o de trazos mequinos.

**EL DIABLO BLANCO.**— De entre los centenares de películas sonoras que produce Yankilandia, no nos ha llegado ninguna que merezca el calificativo de artística (excepción hecha de "Aleluiah"). Son todas unas brillantes chocarrerías bataclánicas cuya audacia mayor consiste en bordear la desnudez completa del sexo; pero esto, de producirse, tampoco debemos esperar del arte industrializado yanqui. En cambio, se anuncia la primera película sincronizada de la UFA de Berlín, **El Diablo Blanco** y resulta ser un esfuerzo artístico de éxito completo.

La fantasía está allí muy bien barajada con la realidad, siguiendo el ritmo épico de la novela de Tolstoy: **Jadsi Murat**. Aparece un zar que no es la figura del zar auténtico, barbado, sino un hombre corpulento, de luengas chuletas y bigote borgoñón. Hay muchas escenas admirables por su belleza fotográfica y otras de una gran evocación artística, como esa especie de cuadro futurista que es la escena del Muelle de Neva. La representación amorosa es siempre viva; un puñal y un seno hinchado de suave lumbre, ilustran un pasaje, o es el zar y la zarina en el pabellón, o el beso de Jadsi y Saira bajo la tempestad de nieve. Sólo el final — y no es lo de menos en una película — se resiente de standardización, a pesar del trabajo encomiable que realiza Ivan Moujouskine. Se abusa del patetismo, el héroe se aísla, las escenas se comportan y alargan en forma que no está de acuerdo con la movilidad del desarrollo anterior.

La musicación es perfecta. Hay coros hermosísimos; música rusa de cámara y popular muy bien adaptada. No existen esos ruidos superfluos del sonoro yanqui. Todo está perfectamente dispuesto y graduado para no producir otro efecto que el de la pureza artística. **José Manuel Sánchez**

artífice de la lengua francesa y un creador de belleza nueva. ¿Sus errores? Quien no los tiene. Primero su "Immoraliste", obra prematura; su "Corydon", del que ya hemos hablado; los "Faux-Monnayeurs", novela interesante pero desigual, y para terminar, su error de envejecer en años y en calidad con su **Suite du Congo** y **l'Ecole des femmes**. Hay quienes desmerecen al fin. Perdonémosle en atención a su obra admirable. Son tantos los que no desmerecen porque no pueden estar peor.

Lord Jim.

# EN BUSCA DE UN HOMBRE

(Grecia.—S. IV A de C.)

La comparación de hechos históricos y crisis políticas a través del tiempo, es uno de los estudios más apasionantes que nos permite el actual avance de las Ciencias Históricas. Olga Poblete, joven autora de este artículo, es uno de los alumnos más laboriosos y documentados que han salido del curso de Historia que tiene a su cargo en el Pedagógico, Juan Gómez Millas. La comparación que hace en el estudio siguiente de dos pasados en sociedades desorganizadas y devoradas por el particularismo; el paralelo entre Isócrates y Maquiavelo, se presta a la reflexión política.

Toda consideración sobre la historia griega lleva pronto a enfrentar este aspecto fundamental de la vida helénica: el particularismo. El espíritu griego, capaz de las grandes generalizaciones, de las intuiciones maravillosas que lo llevan a los conceptos-bases de las ciencias, las artes, la filosofía, parece destinado a vaciarse en sus actos en un marco particular. En la vida práctica, los griegos se crean a sí mismos el límite. En política, no sobrepasan el nivel de la ciudad-estado, y dentro de ella desarrollan todo el ciclo de su evolución. Se llaman a sí mismos "los Helenos", como aludiendo a un gran pueblo, pero tomemos en cuenta que esto lo proclaman frente a "los Bárbaros". Dentro del núcleo helénico está la voluntad de Atenas, de Esparta, de Tebas, de Corinto.

En los orígenes hay una oposición fundamental, que apunta en varias ocasiones, como causa de este agudo localismo: la oposición entre los grupos **dorio** y **jonio**. Ambos toman un rumbo distinto en su organización y en su desarrollo, y esto que empezó siendo una diferencia racial, se agrava y completa más tarde, institucional, política y socialmente.

Atenas y Esparta, representantes genuinos del Jonismo y Dorismo, respectivamente, constituyen con su desarrollo, sus luchas, sus alternativas de supremacía y decadencia, el contenido mismo de la historia griega.

Las Guerras Médicas dan a los griegos la visión del estado helénico ideal, pero también a partir de ellas se agudiza el sobresalto provocado por esta duda: ¿sobre quién recaerá la hegemonía?

Atenas logra realizar este sueño pan-helénico, pero su imperialismo brutal aviva las desconfianzas locales, y sus súbitas, las alanzas primitivas, preparan su ruina.

Atenas, la gran democracia, había sido de hecho la tirana absoluta. Su afán de dominación había ahogado toda idea federativa; el pan-helenismo se confundía con este otro concepto: "preponderancia ateniense", "pan-aticismo".

Atenas había comprendido los destinos de Grecia: la "unión bajo

su despotismo, se instalaba en el mar, dirigía la expansión por el Mediterráneo, pero olvidaba que aquellos helenos a quienes se imponía por la fuerza estaban igualmente dominados por ese formidable individualismo, por esa ansiedad de libre realización que ella poseía.

Apenas pasado el peligro persa, la liga Atico-Délica se deshace y Atenas vuelve a su antiguo pie de importancia dentro de la Grecia. Pero queda flotando en el ambiente la idea pan-helénica. Los trastornos interiores, las crisis sociales, las luchas entre ciudades, ponen frente al filósofo, al político, al historiador, este panorama ideal de la "Gran Grecia", unida y fuerte, estado poderoso y superior,

ma esta aspiración que será objeto de la actividad de toda su vida. Instruido por las experiencias de la primera confederación helénica, lucha por evitar los peligros de la supremacía de un estado; pero ateniense de corazón, sólo puede concebir un estado griego unido bajo la dirección del Atico, el estado más griego dentro de Grecia y el poseedor de la más alta superioridad, la de la cultura. La hegemonía ateniense es sabia, no puede hacer el mal. Toda la escuela socrática está contenida en esta idea.

Dos principios fundamentales hay en el pensamiento político de Isócrates: unificar Grecia y llevarla contra el Imperio Persa. La lucha contra Persia tiene como ba-

lenta censura a la actitud de Atenas en la liga Atico-Délica.

En 380 publica su "Panegírico", en el que da libre desarrollo a sus ideas de unidad y concordia entre los griegos, y hace la propaganda de la guerra contra los persas. Pero al mismo tiempo quiere mostrar cómo es preciso ver en Atenas el poder capaz de realizar la unidad.

El "Panegírico" desencadena un fuerte movimiento de opinión y en 377 Atenas lanza su llamado para constituir una segunda Confederación. Los principios isocráticos de respeto de la autonomía local, de política prudente y benévola de parte de la directora de la Confederación, parecen ser tomados en cuenta; pero los hechos prueban cómo Atenas lucha por imponer su supremacía y cómo esta segunda Confederación no parece servir sino los propósitos de aquella que quiere abatir Lacedemonia, la rival de todos los tiempos.

Esparta y Tebas son para Isócrates que vive por defender la hegemonía de Atenas, dos fantasmas perturbadores. Formado en la escuela sofista, hace servir en muchas ocasiones su dialéctica para trasladar el valor de los hechos y colocar tanto a Esparta como a Tebas en un plano de inferioridad frente a la opinión de la Grecia en general.

Sin embargo, las luchas incansables entre las repúblicas griegas desilusionan a Isócrates y lo hacen comprender que la democracia ateniense no está madura aún para el gran papel que él le asigna en sus proyectos. Y la evidencia es todavía más amplia: ni Atenas ni cualquier otro estado griego podrá realizar esta labor.

Entonces empieza en la ideología isocrática una curiosa evolución: se aleja del estado para mirar hacia el hombre. Ya lo tenemos a la entrada del camino que lo llevará irremediablemente a Filipo de Macedonia.

Sigue admirando las democracias, pero empieza a hacer la apología del poder absoluto; cree en la monarquía y tiene fe en esta autoridad que está más allá de toda discusión. Ahora descubre los beneficios de la tiranía inteligente inspirada por una voluntad audaz y sabia, y los errores y perjuicios de la tiranía ciega de las masas a quienes se satisface su quimera de gobernar, con una intervención de comedia en las asambleas, y que en realidad sirven a los fines de la oligarquía o de la demagogia. Como Aristóteles, también él comprende cómo el pueblo vive de su presencia en los tribunales y en la Asamblea, y reconoce que lo mejor sería tal vez, como en los tiempos de Pisistrato, que los campesinos tuvieran las mejores ocasiones

de tal idea: la oposición entre el mundo helénico y el bárbaro. Esta distinción justifica todo el imperialismo griego. Dentro del plan isocrático, la lucha contra los persas terminará con el sometimiento de los bárbaros. No hay en Isócrates, como tampoco en Aristóteles, la idea de la asimilación del bárbaro al helenismo. Alejandro con más tino helénico que su maestro y que todos los griegos de su tiempo, supo discriminar entre su opinión y la del filósofo, se liberó de esta nueva limitación y al salvarla actualizó verdaderamente la superioridad helénica.

Esto por lo que se refiere a los fines del programa de Isócrates; respecto a los medios, hay un concepto moral que lo inspira todo. Cuando Isócrates quiere emprender la reforma de la constitución interna de Atenas, manifiesta que la reorganización deberá dirigirse no tanto a las instituciones, como a los caracteres. Cree en las ideas generales, y en la fuerza de la prudencia, del arte de persuadir, del espíritu ponderado. De ahí su vio-

posibles de descender a las ciudades.

Isócrates busca ahora un hombre, quiere el jefe, la voluntad fuerte que sepa imponer la unidad, que sepa crear por fin el estado. ¿Qué estado? Pero ¿qué importa esto? Para Isócrates, el entusiasmo, la fe en una forma de gobierno, deriva menos de su valor intrínseco que del contraste que haga con un gobierno adverso. La popularidad del primero, se nutre de las faltas, de los errores, de las decadencias del segundo. La política justifica el estado, ya que lo fundamental dentro de él es la personalidad de quien lo dirige. Pero las preocupaciones morales no abandonan a Isócrates y habla de este nuevo estado con tantos deberes morales como el individuo.

Desde 374 Isócrates cree ver en distintas individualidades del mundo helénico a aquel que podría hacer el Estado Griego. Ya es Timoteo, hijo de Conon y estratega ático, o Jasón de Feres que inspirado en las ideas isocráticas proyecta unir Tesalia y Grecia Continental, para luego marchar contra los persas; o Dionisio el Antiguo, tirano de Siracusa; luego es Archidamos de Esparta. En 356 vuelve a mirar hacia la democracia ateniense, proyecta la reforma política de Atenas y pretende convertirla a una actitud de pacifismo prudente para obtener voluntariamente la unión del resto de la Grecia al gran estado Atico.

Pero ya empieza a aparecer Filipo en la escena, e Isócrates sigue con verdadera ansiedad la política de éste en el que intuye al "hombre".

En este momento de la labor isocrática surge una nueva actitud. Filipo es un extranjero; todo un partido en Atenas señala en él un poder extraño que amenaza la vida libre de las ciudades griegas; y sin embargo Isócrates, el heleno el ateniense, se vuelve hacia él como al salvador de la Grecia: es el hombre por fin.

¿Cómo conciliar estas dos situaciones? Desde luego Isócrates reconoce en Filipo un heleno: es un descendiente de los Heráclidas. Pero va más allá aún. La evolución de su idea pan-helénica, su inclinación a las generalizaciones, lo acercan a una visión amplia del momento y del hecho histórico, lo colocan en un plano de abstracciones donde sólo la idea tiene validez.

Filipo es absolutamente libre, no representa nada ni tiene sobre sí ninguna responsabilidad. No es "el Rey de Macedonia", ni en su labor habrá intereses opuestos que considerar, es sencillamente el príncipe buscado, el árbitro imparcial de la Grecia, que realizará definitivamente su unidad y la conducirá a la conquista del imperio Persa.

Por sobre todo particularismo, por sobre todo espíritu local, es la visión política la que se impone. Isócrates presiente el destino de Grecia y quiere orientar al

nuevo amo hacia la realización de los dos motivos fundamentales del programa de acción política de toda su vida.

Su aticismo, sin embargo, continúa fuerte bajo todas las generalizaciones; aconseja a Filipo sobre las ventajas de ganarse la amistad de Atenas "la Sabia". El quiere en toda forma que su ciudad guarde el rango que le corresponde: será la segunda en la Grecia futura.

En el "Filipo" da una serie de directivas interesantes al nuevo jefe, que van a ser tomadas en cuenta por éste en su política posterior. El mismo Alejandro, bajo la inspiración de principios isocráticos, realizará una parte de su gran empresa a Asia.

En el "Filipo" Isócrates vuelve a insistir sobre la guerra contra los persas. Descubre los puntos débiles del Imperio y ofrece a los griegos, con la conquista de los territorios del Asia, la solución a las terribles crisis interiores que convulsionaban las ciudades. En otra ocasión había atacado violentamente las clerukias áticas, ahora defiende con calor las colonias pan-helénicas que se instalarán a lo largo de todo el Imperio.

Isócrates — que veía en los macedonios el grupo de pueblos intermedio entre los helenos y los bárbaros — piensa que Filipo, unificada la Grecia y conquistado el Imperio Persa, será "el bienhechor de los griegos, el rey de los macedonios y el amo de los bárbaros". Es el mismo consejo de go-

bierno que Aristóteles dará a Alejandro y también en este punto el discípulo sabrá inteligentemente independizarse del maestro.

La política de Filipo después de Queronea parece dirigida en verdad por las ideas isocráticas. La paz fué menos desfavorable a Atenas de lo que se esperaba. Se constituye la Liga de Corinto y se reanuda la guerra contra Persia. El plan de Isócrates parecía entrar, por fin, en vías de su plena realización.

... ..

A veinte siglos de distancia, la inquietud política de Isócrates se reproduce en un espíritu igualmente penetrado por una visión amplia del momento histórico. En la Europa moderna que nace, en el siglo XVI, Maquiavelo se lanza también a la búsqueda desesperada de "un Príncipe". En la Italia renacentista, poblada de individualidades, pero agotada por el mismo mal que la Grecia del siglo IV. A. de C., Maquiavelo presiente la grandeza del "Estado Uno". Busca al "Hombre".

Un estudio comparativo de las ideas políticas de Isócrates y Maquiavelo sumaría a su valor indudable desde el punto de vista histórico, una evidente importancia actual. Sería interesante comprender hasta donde la Grecia del siglo IV. A. de C. está cerca de la Italia del siglo XVI, de la América Hispana del siglo XIX o de la Europa de la post-guerra.

Olga Poblete P.

## PERFILES FAMILIARES

El Bisabuelo

Debió de ser alto, enjuto y sarmentoso, como los álamos del callejón de la hacienda. Trazaba un brazo central de candelabro al pasearse entre los álamos del callejón.

Iba y venía en largos paseos, cuando la tarde tendía dentro de los ranchos los cuerpos fatigados y llevaba hacia el cielo los humos de los rezos.

Sus dedos, viajeros incansables, dando horas y horas la vuelta de un mundo, cerraban en el punto de partida el círculo del rosario.

No andaba solo. Siempre escuchaba, caminando a su lado, los pasos de Dios.

Vivía en Su presencia, recto como un huzo, sumiso al imperativo minucioso de Su ley moral.

Para él, fué todo jerarquía. El, bajo de Dios, y su autoridad de padre y de patrón erguida, como un campanario, sobre las casas de la hacienda.

Debió derrumbarse de una pieza su cuerpo escueto. Y ya en la alameda desierta quedaron resonando solos los pasos de Dios.

Alfonso Bulnes.

## Pensando más allá del médico

(De la pág. 3)

Dije antes que por estos lados de la medicina psiquiátrica, era menester considerar la primacía de lo sutil sobre lo denso. O sea, que, en último término, no es el pensamiento el que se enferma sino el soma que lo expresa. ¿Acaso en la vida cotidiana, no observamos que una misma idea, principio o doctrina es diversamente expresada según los hombres, pueblos, raza y época? ¿Y en un mismo individuo, cuando tiene la agilidad interna que da un sano y saludable liberalismo, no vemos cómo cambia la expresión de un mismo principio ideológico?

Debemos considerar además, que, soma de expresión no es solamente, ni mucho menos, el cuerpo material o físico, sino que está principalmente constituido por las ideas, emociones, deseos y apetitos organizados como cuerpo de expresión. O sea que tras las ideas, emociones, deseos y apetitos organizados como cuerpo de expresión, está la energía que se expresa. Se podría también decir que el soma de expresión es un río a cuya masa total concurren fundiéndose en ella los diversos afluentes que vienen desde diversas regiones del mapa subconsciente. Cuando alguno de es-

tos afluentes no llega al río, no tiene expresión común y armónica junto con las demás aguas del caudal; queda en calidad de agua subterránea que, aumentada en volumen y por lo tanto en energía potencial, tarde o temprano debe buscar camino de expresión. Cuando ésta no es el del cauce común, la desembocadura, la irrupción se hace fuera de la conciencia, pero a su nivel; de modo que el YO, situado dentro del área de la conciencia siente, ve, pero no se explica ese otro caudal que se expresa por su cuenta, es decir, fuera de su lógica.

Contra la expresión de estas energías subterráneas nada puede la voluntad ni la educación, como no sea torcerlas en su camino expresivo. Todo principio psicológico es una fuerza y toda fuerza tiende a la expresión. Todas las formas definidas de nuestro rodaje pensante y sensitivo han pasado por el drama de gestaciones laboriosas y dolientes, antes de llegar a la expresión. La palabra casi nunca expresa con exactitud lo que se le dicta; la forma, el color, el sonido, no son sino leve expresión de nuestras realidades internas. Si la energía en trance de

expresión encuentra material superior para expresarse y es ella misma de alta tensión, el hombre sufre la suprema neurosis del genio, la angustia creadora. Cuando la sustancia de expresión es precaria y vulgar se tiene al neurótico corriente, cuyas angustias no pueden ser comprendidas ni tener interés sino para el médico.

No creo yo en la influencia de los tratamientos somáticos en las neurosis, sino como coadyuvantes. Un régimen depurado de alimentación, la privación de los tóxicos, la endocrinología bien poco o nada hacen sobre las perturbaciones psicóticas. Pueden mejorar muchos síntomas somáticos, pero la condición psicológica fundamental queda inamovible.

Según Hesnard, Jonson y otros psicoanalistas, la neurosis es un organismo de expresión, un soma expresivo en que encuentra palabra, acción y reacción el caudal de energías subterráneas, subconscientes, que no ha alcanzado a tener expresión definida y consciente. No se debe deducir de aquí que todo lo subconsciente es neurótico. Eso sí, toda neurosis o manifestación neurótica es inconsciente. Su fuente causal es siempre remota en cuanto a la expresión actual. Entre la causa y la expresión actual, síntoma o síndrome, hay una solución de continuidad

de la memoria, está el olvido impuesto por la represión. Esta solución de continuidad es la razón por la cual la lógica consciente no comprende la lógica que rige las manifestaciones psicóticas. En ese caso el paciente, respecto a su neurosis, en cuanto a la comprensión de su neurosis, está en las mismas condiciones que el médico profano en la materia. Asiste al espectáculo, pero no acierta a explicárselo, ni mucho menos a evitarlo y resolverlo normalmente.

Indudablemente se corresponden el organismo voluntario con la mente consciente y el vegetativo con la subconsciente. O para ser más justo en la expresión, estas dos categorías de la MENTE común comprenden a esas dos partes del soma.

Ahora bien, hagamos algunas observaciones y consideraciones respecto a la importancia vital de conciencia y subconsciente y respectivas partes somáticas. Todas las funciones voluntarias, incluso la de pensar, son suprimibles sin que la vida cese. En cambio los órganos vegetativos son categóricamente indispensables para la vida, y no se concibe vida mental consciente sin la previa existencia de mente subconsciente. Esto quizá podría enunciarse diciendo que con la conciencia y soma voluntario **hacemos** y con la subcon-

# CARLOS GUTIERREZ CRUZ

ciencia y soma vegetativo somos. Y es del todo claro que, en su sentido esencialmente vital, prima el ser sobre el hacer, ya que éste está subordinado a aquel. Además, fijémonos en este otro hecho sugerente. Todas las funciones vegetativas, por ser categóricamente necesarias para la vida, escapan a nuestra intervención consciente, voluntaria, tomando en cuenta que intervención consciente no significa, sino por excepción, intervención sabia. Todas las funciones vegetativas están a cubierto de nuestra influencia consciente, y sin embargo, se registran en nuestra conciencia como sentido cenestésico, dándonos la sensación de ser, o se nos hacen presentes en la conciencia en calidad de trastorno o enfermedad, para indicarnos conducta especial respecto a ellas. Fuera de esto, todas las funciones de educación que se adquieren, y por lo tanto han empezado por ser conscientes y voluntarias, cuando culminan se hacen inconscientes. Al revés, cuando voluntariamente las traemos al plano de la conciencia, fijando en ellas la atención, se hacen torpes, retrogradan. En la subconsciencia habría, pues, dos categorías de energías: las que se adquirieron y educaron en la conciencia hasta hacerse subconscientes, cuando culminaron; y las que no han salido de la mente subconsciente sino para expresarse en símbolos que la conciencia mira pero no sabe leer, porque no están escritos con sustancia consciente. Y habría la tercera categoría, constituida por las energías que han tenido normal expresión en la conciencia. He hablado de símbolos. Esto quiere decir que muchos impactus y mociones subconscientes toman — entre otras — como maneras de expresión, una perturbación somática que les corresponde. Así una neurosis gástrica nauseosa es símbolo de remordimiento que no ha alcanzado a tener expresión consciente, y que se expresa por la repugnancia gástrica, por el asco, que es lo correspondiente. Una parálisis funcional de una o ambas piernas, puede ser la expresión simbólica de no seguir un camino moralmente vedado. Un punto neurálgico en la espalda puede ser el símbolo de traición, que conscientemente no podemos admitir. Extendiendo el caso, en un hombre del tipo medio, sin mayores inquietudes de consciencia, la serenidad tendrá más bien una forma de fruición biológica como expresión. En cambio, en un hombre evolucionado, que ha llegado a la serenidad a través de todo el proceso dramático de la expresión, la serenidad será condición suprasomática, y se mantendrá aún cuando el soma se encuentre en pleno trance patológico, como pasa con los altos místicos, los verdaderos artistas y los filósofos.

Ser prima sobre hacer. Lo que se hace, la obra, no tiene vida y

El cable con su laconismo trágico nos anuncia la muerte del poeta mexicano cuyo nombre encabeza este comentario. Seguramente esta pérdida habrá conmovido a toda la nación azteca, por haber sido él la única expresión artística que la Revolución mexicana engendró.

Tras las conmociones sociales-políticas violentas que se produjeron en este país desde el año 1910, hemos sido espectadores del nacimiento de un arte y una literatura revolucionarias; las mismas que causaron el pánico en los círculos líricos del arte por el arte, cuyos sostenedores entonces seguían la línea wildeana, tanto en lo sexual como en lo artístico y que, habiendo heredado del porfirismo la mentalidad medieval, y afanados en sostenerse como una fuerza directriz, fueron fácilmente liquidados por el pensamiento activo que traían los vientos sociales. No obstante, todavía, sus residuos constituyen una modalidad peligrosa; pero que en ningún caso significa una corriente, más bien sirve como para contrapesar o valorar la ascensión artística de estos últimos años.

Las escuelas literarias de ideología social se multiplicaron; pero carecían de un objetivo preciso para subsistir. Alguna quedó, y ésta fue el "estridentismo", gracias al aliento animador de otro poeta signo, Maples Arce. Pero había un poeta que sin pertenecer a escuela alguna, miraba solitario el panorama político social y artístico, y así pudo concebir en su cerebro la ideación de un arte más orgánico

permanencia en el tiempo sino en relación a la cantidad de ser que se le ha transferido. La obra maestra es otro cuerpo de expresión que se ha creado un ser en plenitud. La neurosis es un mal soma en que se refugia un mal ser. La transferencia total del ser al hacer, sería la sinceridad total, la verdad. Comprender, implica antes que nada saber oír; dejar decir al paciente y facilitarle que diga lo que más pueda a fin de que alivie su tensión interior. Luego convenir con el enfermo que los síntomas no son casos de consciencia sino de inconsciencia y que, estando fuera del área de la responsabilidad, no son culpa o pecado. Por último, se le ha de persuadir que refugiándose en idealismos remotos no se cura y que si sufre, no es sino por el inconsciente mal uso que ha estado haciendo de su patrimonio psicológico, el que bien manejado, ahora, le llevará a la obtención de una felicidad positiva fundada en razones y proporciones de equilibrio dentro de lo actual.

Lo demás por hacer ya es estrictamente técnica y el éxito que

humano que fuera la expresión de su pueblo, y la corriente para futuras realizaciones. Este poeta fue Carlos Gutiérrez Cruz. Proletamente esta pérdida habrá conmovido a toda la nación azteca, por haber sido él la única expresión artística que la Revolución mexicana engendró. Tras las conmociones sociales-políticas violentas que se produjeron en este país desde el año 1910, hemos sido espectadores del nacimiento de un arte y una literatura revolucionarias; las mismas que causaron el pánico en los círculos líricos del arte por el arte, cuyos sostenedores entonces seguían la línea wildeana, tanto en lo sexual como en lo artístico y que, habiendo heredado del porfirismo la mentalidad medieval, y afanados en sostenerse como una fuerza directriz, fueron fácilmente liquidados por el pensamiento activo que traían los vientos sociales. No obstante, todavía, sus residuos constituyen una modalidad peligrosa; pero que en ningún caso significa una corriente, más bien sirve como para contrapesar o valorar la ascensión artística de estos últimos años. Las escuelas literarias de ideología social se multiplicaron; pero carecían de un objetivo preciso para subsistir. Alguna quedó, y ésta fue el "estridentismo", gracias al aliento animador de otro poeta signo, Maples Arce. Pero había un poeta que sin pertenecer a escuela alguna, miraba solitario el panorama político social y artístico, y así pudo concebir en su cerebro la ideación de un arte más orgánico

Gutiérrez Cruz más que todo es un poeta social y su vida siempre estuvo al servicio de su pueblo, acuciante de la llegada del nuevo Cristo. El comprendió el destino de su México, no con la razón, si-

con su práctica se obtenga dependencia de la mayor o menor exquisitez comprensiva del médico que opere. Hay, pues, que convenir que es bien pobre una terapia que se reduce a actuar en la consciencia o a clasificar más o menos bien las perturbaciones mentales, o que se reduce a los tónicos nerviosos, los baños y la electricidad. La gran tragedia se genera en lo inconsciente; las causas son remotas y están ocultas, y las determinantes no hacen sino poner en evidencia a aquellas. Así se explica la disconformidad proporcional entre las causas actuales y sus efectos. Basta una chispa para determinar el estallido de quintales de explosivo. Es inútil una hoguera para incendiar un edificio de piedra.

El paisaje de la subconsciencia, me lo imagino como una gran ciudad industrial subterránea, erizada de chimeneas y crujiente de engranajes e hinchada y retorcida de alambiques que destilan y subliman todas las sustancias primarias o elementales de nuestros complejos. Sobre esta ciudad invisible y dantesca, fatalmente unida a ella,

no con la fe; de allí su espera del Hombre. El poeta se lanza gozoso a la cruzada y predica la destrucción de la injusticia. El, más que ningún otro poeta, conocía el alma del campesino mexicano, y con amor y unción se entregó a él, y así lo vemos en estos últimos años como el poeta genuino del México insurgente.

No olvidaré la emoción que sentí cuando un día paseaba por los alrededores de la ciudad de México y escuché a un grupo de hombres y mujeres del bajo pueblo que cantaban con cierta tristeza y alegría esta hermosa canción de Gutiérrez Cruz:

## EL SOL

Sol redondo y colorado como una rueda de cobre, de diario me está mirando y diario me miras pobre.

Me miras con el arado, luego con la rozadera, una vez en la llanura y otra vez en la ladera.

Me miras lazando un toro, me ves arriando un atajo, pero diario me ves pobre como todos los de abajo.

Sol, tú que eres tan parejo para repartir la luz, habías de enseñar al amo a ser lo mismo que tú.

No que el amo nos hambrea y nos pega y nos maltrata, mientras en nosotros tiene una minita de plata.

(pasa al frente)

viviendo de ella, está, a pleno sol, en la diafanidad del aire, la Acrópolis del pensamiento. Aquí el trabajo adquiere calidad en la expresión y creación de formas armoniosas y llevadas a término feliz. Pero cuando las melodías geométricas se rompen y la tortura acomode el ánimo y vemos que, como sombras absurdas de los pensamientos más puros, de las emociones más bellas, aparecen las caras tiznadas y asesinas o macabras de impulsos inverosímiles, de expresiones que acuden sin ser llamadas, de fantasmas que aterrizan la claridad de la atmósfera, no cabe sino bajar con Freud a encarrarse con el gremio subterráneo y hacer arreglos y transacciones que pongan de nuevo las legiones de demonios a nuestro servicio.

Y se ve, pues, lo estúpido e humano que resulta el golpecito en el hombro acompañado de la cómoda consolación: "Esto no es nada. No le haga caso. Ya pasará". Porque eso no es comprensión ni resuelve el nudo de la saga que ahora al paciente.

Dr. Ramón Clares P.

Y más tarde Diego Rivera me hablaba de este poeta con emoción y cariño, subrayándome siempre que en poesía era el único que había sabido interpretar, como él en pintura, el alma popular de México revolucionario. Y me habló con ese entusiasmo singular con que él sabe defender todo lo que ama, y entre otras cosas me dijo que algunos poemas de Gutiérrez Cruz le habían dado el motivo para la realización de sus pinturas murales en los patios de la Secretaría de Educación Pública, agregándome una anécdota significativa y simpática, con una crítica acerba y violenta contra algunos poetas puristas que, si no los autores, fueron los instigadores para que se borrara el poema "Al Minero", de Gutiérrez Cruz, que él había copiado en uno de los ángulos del fresco que representa los mineros, y que, una tarde indignado llegó a la Secretaría con una pica y cavó en el mismo fresco un agujero, donde cupiera una botella. Allí está enterrado el poema, y sobre él está la firma del pintor Diego Rivera. Desde entonces este canto se hizo célebre y el pensamiento se dividió en dos bandos enemigos e irreconciliables: los revolucionarios y los conservadores. Fácil es de suponer que en el primero están todas las fuerzas productoras y de mejor solvencia artística; en tanto que en los conservadores están los puristas, los que creen en el arte por el arte y que forman la legión de los parásitos y sirven de incremento a la burocracia. Copiemos el poema "Al Minero".

Minero renegrido de tanta y tanta (sombra, el hombre que te nombra, te imagina en el sordido seno de la mina, con hambre muchas veces, el oro que germina.

Compañero minero, doblado por el peso de la tierra, tu mano yerra cuando saca metal para el dinero. Haz puñales con todos los metales, y así, verás que los metales después son para ti.

Carlos Gutiérrez Cruz era un hombre pequeño, de ojos brillantes y de inquietud terrible, de sensibilidad amplia y amistad generosa. Fué secretario de la Liga de Escritores Revolucionarios y el año pasado ocupaba la gerencia del Banco de Crédito Agrícola del Estado de Veracruz. Actuó en la revolución agrarista y publicó varios libros de poemas y prosa. El más importante es "Sangre Roja" del que se editó 50,000 ejemplares por cuenta del Estado.

Serafin Delmar.

## DEPORTES Y LITERATURA

### El auto de Rudecindo Estremera

Ayer me encontré en la calle con mi amigo Rudecindo Estremera. Guiaba un coche espléndido. Por lo largo del capot, su auto tendría unos veinte cilindros. Tropezamos en tales circunstancias que no pudo menos que invitarme:

—¿No quieres dar una vueltecita? Este coche responde.

Y para probarme que respondía, le hundi el acelerador y en segunda el coche llegó hasta los sesenta. Cambió soberbiamente, y dos cuadras más adelante llegamos cerca de los cien kilómetros.

—¿Qué bruto! — no pude menos que decir, a guisa de elogio —. ¿No temes estrellarte?

—¿Qué esperanza! — dijo, pero antes que terminara la exclamación, estábamos súbitamente detenidos.

Los frenos eran tan ricos como el acelerador, y el auto se había inmovilizado en un par de metros. Seguímos hablando sobre el precioso juguete mecánico que Rudecindo llevaba en las manos y en el curso de la conversación se me ocurrió cándidamente preguntarle a Estremera para qué había comprado auto.

—Hombre, las cosas tuyas... Para lucirlo.

Recordé en un momento a Lasterria, a quien un diputado reprochaba en la Cámara que tenía talento. "Si — dijo el prohombre —, tengo talento y lo luco". Estremera obedecía a la misma lógica. "Tengo dinero, luego puedo comprarme un espléndido auto y en seguida lo luco. No lo luco como quiera, sino en forma activa. Acelerar a fondo cuando me viene en ganas; frenar cuando se me ocurre; poner a prueba en fin todos los recursos de que dispone ese prodigio mecánico".

Y como todo se puede lucir, he aquí que no falta quien luca su ignorancia. Que un diplomático no conozca la poesía serbia, no me extraña; ni tampoco que un agente de productos del país ignore quien fué Cervantes, que en cierto modo puede ser considerado su anticuado colega. Pero que un joven con pujos de escritor diga que no conoce a ningún escritor de ayer y de hoy de alguna importancia arguye ya muy poca malicia. El disco es viejo. Desde el candoroso personaje que declaraba no leer para no perder la virginidad de su espíritu, ha corrido mucha agua bajo los puentes del Mapecho.

La pose es bastante anacrónica, y lo malo está precisamente en que no es de ningún modo original. Mariñetti proclamó en sus verdes mocedades que era preciso acabar con las Academias y los Museos. Hoy forma parte de la Academia de Italia, cuerpo de hustrabotas supremos de Mussolini. Lo mismo sucederá algún día con los inefables personajillos que se deleitan con don Saturnino Calleja. Llegará día en que pontifiquen, y entonces los veremos esgrimir a Shakespeare, a Baudelaire y a Carlyle.

No; no es odio a la inteligencia, ni menos a la cultura. Es una chistosa

## VULGARIZACION

# Los orígenes de la cultura griega:

## LIBROS MODERNOS SOBRE LA GRECIA ANTIGUA

En medio de la labor propiamente creadora e interpretativa que desea realizar "Índice", coloquemos algunas veces unas páginas de simple exposición vulgarizadora, destinadas a servir con informaciones concisas a quienes no pueden estudiar las obras especiales sobre cada materia. En esta página de vulgarización que hoy iniciamos, el Profesor de Historia don Francisco Frías V. trata de los orígenes de la cultura griega, materia muy renovada por las últimas investigaciones arqueológicas.

Hacia el año 1920 se inició en París la publicación de *La Evolución de la Humanidad*, historia universal escrita en colaboración por numerosos profesores de universidades francesas y dirigida por M. Henri Berr, director de la *Revue de Synthèse Historique* y autor del prefacio que acompaña a cada volumen.

La obra constará de cien tomos que abarcarán desde la formación del sistema solar hasta la época actual. A la primera parte (Prehistoria, Prehistoria y Antigüedad) se dedican 27 volúmenes, de los cuales se han publicado 22, casi todos traducidos al castellano por la Editorial Cervantes, de Barcelona.

Uno de los más interesantes es sin duda, el que se refiere al pueblo egeo o cretense, tanto por tratar de una materia cuyo conocimiento es muy reciente, como por la gran importancia que hoy se asigna a la isla de Creta en la formación de la cultura griega. Se titula *La civilización egea*, forma el tomo IX de la *Evolución de la Humanidad*, fué publicado en 1923 y su autor es Gustavo Glotz, especialista en estudios helénicos, miembro del Instituto y profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de París.

A él debemos, además libros como *Le travail dans la Grèce ancienne* (1920), *Historia Griega* (1925), que forma parte de una *Historia General* que se publica actualmente bajo la dirección del propio M. Glotz, y *La Ciudad Griega* (1923), que constituye el tomo XIV de la *Evolución de la Humanidad*.

En *La Civilización egea* y en *Historia Griega*, Glotz estudia la cultura cretense o minoica a la luz de las más recientes investigaciones arqueológicas, y aunque todavía no ha sido posible descifrar la escritura de Creta, nos presenta un interesante cuadro de la que se ha llamado "la cultura madre de la Grecia", y determina, además, las influencias que ejerció sobre los pueblos helénicos.

Otra obra digna de mención es, por tratar en forma clara y completa el mismo problema, es el tomo I de la colección *Peuples et civilisations*, de Halphen y Sagnac. Se titula *Les premiers civilisations* (1926) y sirve, podemos decir, de complemento a las obras de Glotz, por cuanto descri-

manía de no tomar en serio nada. Buena para ensayada durante una semana. Périma cuando se prolonga, y de gesto pasa a mueca.

Es más elegante Rudecindo Estremera luciendo su auto que un poeta cualquiera de las recientes hornadas luciendo su ignorancia. El primero luce algo positivo; lo que adquirió con su dinero; el segundo luce amargamente lo negativo de su personalidad, lo que se apresurará a superar en cuanto pueda.

La cultura no hace más bueno al hombre, ni menos le brinda inteligencias. Y la incultura, la ignorancia, ¿qué ofrece? Este es el problema que yo quisiera plantear a los lectores de Saturnino Calleja. —Ostris.

be la historia de los egos y de su imperio marítimo en sus relaciones con los Estados continentales: Egipto, Babilonia y reino de los hititas de Asia Menor.

Finalmente, interesantes cuadros de conjunto de la historia de los egos o de su influencia sobre los griegos de Grecia y del Asia Menor pueden encontrarse en las obras de Hård, *La Formación del Pueblo Griego* (1923), tomo X de la *Evolución de la Humanidad*; de Cicotti, *Storia Greca*; de Sartiaux, *Les anciens civilisations de l'Asie Mineure* (1928), y en la notable *Histoire de l'Antiquité* (1914), del alemán Mayer, obra fundamental para el estudio de las civilizaciones antiguas.

Las excavaciones.— El único medio que tenemos para conocer la civilización y la historia de los egos nos lo proporciona la arqueología. Fuera de ella no se dispone más que de las referencias que hallamos en las inscripciones egipcias e hititas, así como de las alusiones contenidas en los poemas homéricos y en las tradiciones y leyendas griegas.

Las excavaciones las inició en 1875 el alemán Schliemann, quien en esa fecha descubrió las ruinas de Troya, Micenas y Tirinto, que vinieron a poner en descubierta una civilización hasta entonces desconocida. Recibió el nombre de micénica, sin que pudiese decirse si marcaba el comienzo o el fin de una cultura.

Pocos años más tarde, en 1878, un comerciante griego llamado Kalokeroinos pudo determinar el emplazamiento de la ciudad de Cnosos, aunque sin llegar a descubrirla. Comenzaba ya a vislumbrarse la importancia de Creta, "la isla de las cien ciudades", como la llama Homero, para el conocimiento de los orígenes de la civilización descubierta por Schliemann.

Sólo entre los años 1900 y 1905 fué posible desenterrar la vieja cultura que encerraba la isla. El inglés Evans descubre el Gran Palacio de Cnosos, el Pequeño Palacio, la Ciudad Real, los neórollos y las tumbas principescas. En la misma época, arqueólogos ingleses, norteamericanos, alemanes, franceses y griegos sacan a luz el puerto de Zacro, la ciudad industrial de Gurnia y muchas otras que vinieron a confirmar el calificativo homérico.

El estudio comparativo de estos monumentos y de muchos otros encontrados en las islas Cícladas, ha llevado a los hombres de ciencia a la conclusión de que la cultura micénica es hija de la de Creta. Ya veremos que la civilización griega tiene por fundamento los elementos culturales creto-micénicos.

El medio geográfico.— La civilización egea nació a orillas del Mediterráneo, algunos siglos después que la egipcia y la caldea, y cuando los pueblos de la Europa continental estaban aún muy lejos de salir del salvajismo y la barbarie. Apareció sobre islas pequeñas y montañosas, al contrario de todas las demás civilizaciones, que se habían formado en vastas llanuras fertilizadas por grandes ríos y donde la naturaleza no oponía obstáculos a la unificación política y a la propagación de los adelantos materiales y morales.

Pero, si la civilización egea no tuvo estas ventajas, gozó en cambio de un elemento que las reemplazaba: el mar. El Mediterráneo entró entonces a prestar a la humanidad servicios incalculables. Colocado entre tres continentes, rico en articulaciones y participando de los climas y de las culturas de los países que lo rodeaban, tenía que ser el centro en que se mezclaban o combinaban los elementos culturales del Egipto y de Caldea. Donde sus ventajas son mayores es en su parte oriental, es decir en el mar Egeo, dividido en dos brazos, uno que avanza hacia el N. E. por los Dardanelos, el mar de Mármara, el Bósforo y el mar Negro, y el otro al S. E. por el mar de Levante, que conduce al Nilo y al mar Rojo, al Eufrates y al golfo Pérsico. Esta región es el vértice donde han tenido que

# ARBITRARIEDADES SOBRE LA POESIA

ponerse en contacto continentes, razas y civilizaciones.

La riqueza del mar Egeo en islas, penínsulas, golfos, bahías, canales, etc., arrastra al hombre a hacerse marino, pues le da la seguridad de que siempre navegará a la vista de tierra. Por esto fueron los egéos y no los fenicios, como se había creído hasta no hace mucho tiempo, los primeros navegantes del Mediterráneo y los maestros de los pueblos de Occidente en el arte náutico. Ellos crearon la primera talasocracia o imperio marítimo que conoce la historia, y mucho antes que los fenicios y los griegos ejercieron la hegemonía comercial desde las costas del Asia Menor y del mar Negro al estrecho de Gibraltar.

Hemos visto ya la influencia del mar. Veamos ahora la del relieve. El relieve de la Egeida nos presenta una multiplicidad de islas montañosas y divididas en cantones casi herméticamente cerrados, no teniendo abierto más que el costado que mira al océano. De aquí que cada isla, cada cantón, tengan vida propia, sean una comarca aparte, donde su reducida población encuentra en sus montañas la madera que necesita y el refugio en los casos de peligro; en el valle el pasto para los animales y el terreno para las siembras; y en la bahía una salida para comunicarse con el resto del mundo. Esta configuración geográfica, conduce, pues, al fraccionamiento político y tiene el grave inconveniente de que expone a estas sociedades autóctonas y soberanas a las invasiones, como se vio cuando la población egea fué conquistada por las diversas tribus helénicas.

Sin embargo, los inconvenientes son pocos comparados con las ventajas que derivan de la variedad de comunidades, en las cuales se desarrollan libremente las capacidades naturales de los individuos para ir en seguida a rivalizar con las comunidades vecinas. De esta libre concurrencia nació el progreso del pueblo egeo; pero, este progreso necesitó, para desarrollarse, de un medio de comunicación que sólo el mar, verdadera "lanura líquida" podía proporcionar. Al compenetrar las islas y cantones montañosos, el océano armonizó y relacionó las distintas comunidades que vivían aisladas y les permitió fundir sus adelantos de todo orden en una cultura resultante.

Por otra parte, el clima de los países egéos, con sus alternativas de calor y de frío, con un verano seco y un invierno lluvioso, mantiene los organismos en constante tensión, e impide que el hombre gaste inútilmente sus fuerzas en la lucha con el frío o las vea enervadas por obra de una temperatura demasiado elevada.

En resumen, la cuenca del Mediterráneo oriental fué "el receptáculo natural de la civilización que le debe sus caracteres propios", caracteres que se acentúan aún más en una parte de aquel en el mar Egeo.

A los países de Oriente, enormes y uniformes a la vez, en cuanto a su producción, poder y belleza, la Egeida y la Grecia oponen la diversidad resultante de su configuración geográfica, que como hemos visto, determinó la formación de muchos países pequeños con características diferentes. Y si estas culturas aisladas no envejecieron ni murieron prematuramente, fué debido al mar, que les permitió salir a buscar nuevas riquezas, a fundar colonias y a observar las costumbres de los demás pueblos; en una palabra, a rejuvenecer sus propias culturas organizándolas armónicamente. "El milagro egeo" — ha dicho un historiador — es el efecto producido por un concurso único de circunstancias naturales sobre hombres capaces de sacar partido de ellas.

**Organización social.**— Todo nos lleva a creer que los pueblos egéos pasaron por las mismas fases que los griegos: de la **genos**, clan o gran familia, llegaron por desagregación de aquella las familias restringidas. Esto ha podido comprobarse observando las enormes casas que se han descubierto en Creta, en las Cícladas y en la Argólida, las cuales, dada su extensión, no han podido servir sino de habitación de una **genos**.

De menor antigüedad que estas mansiones son otras formadas de varias casas que dan a un patio, lo que vendría a probar que ya en esa época

Sé que se ha comentado con alguna acritud la especial situación de "Índice" a propósito de la poesía. No han faltado poetas, en efecto, que han creído ver en este periódico una intención hostil a su profesión. La verdad es sin embargo que en "Índice" se han publicado versos y que se publicarán en lo sucesivo. Desde luego, no ocuparán grandes extensiones porque dentro del propósito cultural que persigue esta revista, no cabría dar a los versos mayor desarrollo. En efecto, esta hoja anhela poner en contacto a los hombres amantes de la cultura con todas las manifestaciones vivas y actuales de ésta. Es, por tanto, predominantemente un periódico de información, de comentario. El trabajo de creación literaria — versos, novela, cuento, drama — no cabe aquí sino en muy pequeña medida. Para ellos hay revistas especiales donde se les da acogida abundosa.

Personalmente el que redacta estas líneas se encuentra frente a la poesía actual en una vacilación muy legítima. Al contar este caso personal no creo trasgredir la necesaria objetividad del comentario, puesto que, salvo diferencias mínimas, mi situación es la de muchos otros. Quiero decir que, sin haber cultivado nunca el verso, puedo hasta cierto punto ser considerado representante de un modo de ver que muchos comparten y que no todos confiesan.

Escuetamente dicho, mi caso es el siguiente: el viejo ritmo musical del verso ha perdido casi todo interés para mí cuando el que lo cultivaba es un hombre de hoy; el nuevo ritmo — si existe — no ha sido sorprendido, capturado por mi sensibilidad. De allí que desde hace cierto número de meses, tal vez de años, evite tocar toda cuestión poética. Me guía el anhelo de ver desenvolverse en libertad esta marejada a fin de sorprender en ella, en cuanto a mi juicio se produzca, ese momento culminante que espero y que me permita exclamar: "Allí está el ritmo nuevo".

La primera parte de mi proposición merece algún desarrollo. Lo

ca los **genos** se había desmembrado en familias.

Igual evolución se nota en las sepulturas, pues siempre la habitación de los muertos ha tenido por modelo la de los vivos. Así, mientras duró la **genos** existieron grandes sepulturas, especie de casas donde eran inhumados los cadáveres de todos los miembros de la **genos**. Cuando ésta fué reemplazada por la familia restringida, cada familia tuvo su tumba familiar, no ya para todos los individuos de la **genos** sino para los del grupo más reducido. Por fin, asistimos a una nueva fase, el individualismo, que constituye la tendencia característica de la civilización egea.

Francisco Frías V.

(Continuará)

que me parece anacrónico no es el ritmo antiguo cuando el que lo cultiva es un hombre de su mismo tiempo. Leo con gusto versos de Verlaine y de Baudelaire. No leo con agrado ninguna rapsodia del mismo ritmo si ella ha sido trazada por un hombre de mi época. Donde he puesto Verlaine y Baudelaire — escritores que han ejercido tan poderoso influjo en América — puede ponerse, si se gusta, Rubén Darío, Guillermo Valencia, Gutiérrez Nájera, Chocano, Lugones, etc. Creo que si la época ha cambiado, como no se puede negar, y si su cambio se refleja en la novela y en el cuento, en el drama y en el ensayo, lo lógico es esperar de un poeta de hoy que refleje ese cambio en su congrua producción. De allí que me sune a refrito todo poema escrito por un hombre de mis días en que se cante a la manera de esos poetas ya desaparecidos (si se exceptúan algunos, que sobreviven a su obra poética).

Pero en tanto el nuevo ritmo no ha sido asimilado, comprendido o captado por mí, y creo que esto es perfectamente legítimo. No hay ningún snobismo que me impida confesarlo. He defendido y defendiendo la poesía de Neruda (o por lo menos cierto sector de ella). Pero es que Neruda es un hombre excepcionalmente dotado, que ha dado en su verso la clave de una alquimia única. Es un romántico hecho y derecho que canta como moderno y que como moderno gusta y apasiona. Creo que mi sensibilidad no es romántica, pero la poesía de Neruda me atrae por misteriosos motivos que nunca me he explicado bien.

Mas desde los días en que Neruda cantó entre nosotros hasta hoy ha pasado cierto número de años. Los suficientes para que las nociones poéticas se hayan trastornado más que lo estaban entonces. También los suficientes para que a Neruda se le pueda mirar con cierta perspectiva. Hoy los poetas chilenos novísimos, los que quisieran vernos aplaudir todas sus sandeces, casi no tienen influencia alguna de Neruda. No voy a calificar la falta de esta influencia; la compruebo simplemente. Ahora bien, estos nuevos poetas, que generalmente se hacen un pedestal de su ignorancia y de su falta de control, practican una poesía que tampoco quiero calificar pero de la cual daré en seguida algunas muestras. Cojo al azar de un par de libros recientes:

la rueda de conney  
island gira como  
la pupila de un marino  
borracho

los aeroplanos tejen  
carpetas de viento  
los faroles encienden  
cigarillos nocturnos  
las comunicaciones hilvanan postes  
telefónicos

Chicago no es Atenas,  
tampoco es Nueva York,  
Pirpo no es Schopenhauer,  
ni menos Wilde, ni Baudelaire,  
ni Amado Nervo, ni Darío,  
ni Paul Verlaine....

Y sin embargo,  
casi le pega a Jack Dempsey....

¿Será cierto — como dice el mismo autor de estos últimos versos, un poco más adelante — que "la humanidad" está cansada, no quiere ya pensar, ni sentir? Yo no lo creo. Más bien estimo que los poetas se han perdido en un mundo que todavía no entienden, y de allí que no sean capaces de rendirnos la emoción adecuada, auténtica, de la nueva era. No se explica de otro modo la pertinacia de los poetas en estos juegos estériles. Los demás géneros literarios, desarrollados bajo el signo de este cansancio, en esta edad en que no se quiere pensar..., crean belleza, y esa belleza tiene nuevos módulos, como nadie podría negar. Los poetas no hacen otro tanto, y su obra se esteriliza en un aberrante nihilismo intelectual. Hay poetas, especialmente en Chile, que toman en serio los caligramas de Apollinaire y se entretienen ahora como Apollinaire hacía ya en 1908 en dibujar postes, olas y perfiles humanos con sus versos.

Todo esto nos sume en un mar de confusiones. La poesía ¿es intelectual? Si no lo es, ¿cuáles son sus relaciones con la lógica? Si lo es, ¿cuál es su nueva forma auténtica? Pero si la poesía no es intelectual, ¿por qué emplea las palabras, que tienen un sentido preciso, y las figuras de lenguaje y de retórica, que significan siempre algo determinado, y no se reduce al rebuzno o al silbido? Por este camino llegaremos a justificar como obras maestras de la poesía moderna las jitanjáforas, las facecias y los simples juegos de palabras.

Pero entonces para ser poeta ¿estorbaría todo estudio intelectual y bastaría con aprender taquigrafía para arrebatarse a los niños el secreto de sus juegos y tomar la letra de sus refranes, adivinanzas y demás entretenimientos. Y eso ya no es literatura.

Raúl Silva Castro

**Nota de la Dirección:** Las opiniones anteriores de Silva Castro sobre el problema poético, no son enteramente compartidas por nuestra revista. En todo caso, Silva abre la discusión sobre un punto que quisiéramos ver más desarrollado por él mismo y por nuestros colaboradores. Insinuamos una Encuesta libre que llevaría esta única interrogación: ¿Qué piensa Ud. de la poesía actual? Recibimos respuestas y seleccionaremos sin prejuicio para publicar, las más reveladoras.—D.